

CUADERNO 8.º

JULIO DE 1919

DIRECTOR:
SANTIAGO E. BIGGI

SUMARIO

- El Novecentismo Argentino..... *El C. Novecentista*
Leonardo de Vinci y Cervantes... *Jorge M. Rohde*
Cuando yo me vaya (versos) *Alfredo Genser*
Si algún perro te ladra (versos) *Alfredo Genser*
El Novecentismo en la vida jurídica *C. C. Malagarriga*
Leyendo (verso) *Hector R. Alberdi*
Reclinaste en mi pecho (verso) *Hector R. Alberdi*
Discurso..... *Tomás D. Casares*
El segundo advenimiento del arte, (de la revista *Intr. América*) *Ralph Adams Cram*
La vida síntesis..... *Lapizlázuli*
- NOTAS: Amado Nervo.—El Celegio Novecentista de La Plata.—Cartas.—Manifiesto del Ateneo de Estudiantes Universitarios.
- BIBLIOGRAFIA: Trovas del destierro, de Pablo della Costa (hijo).—La religión y el Estado, de Tomás D. Casares.—Cosècha Política, de Gervasio Toro.—El Conventillo, de Luis Pascarella.—El exámen de ingreso a la Universidad, de José M. Monner Sans.

Colegio Novecentista

CUADERNO 8.º

Buenos Aires

Julio 1919

EL NOVECENTISMO ARGENTINO

(A propósito de un ataque a su manifiesto)

El Colegio Novecentista ya tiene su Chaudes-Aigues. Tardó en llegar, pero vino, por ventura, y las veintidós páginas de formato mayor — *apud opus nostra*, como dirían los antiguos — nos resguardan del peligro de impopularidad, que en concepto del autor de Eugenia Grandet, se probaba con la ausencia de críticos zumbones.

Seis meses, o más, vivimos bajo la amenaza de su formidable estudio, airada catapulta que demolería sin piedad el alcázar novecentista, y si el empecatado adversario no consiguió derribarlo, conste que no es porque le faltaran pujos, sino porque de su existencia responden el bien templado y rico metal de sus columnas y, por ahora..., el débil percudir de la airada catapulta.

Mas no se vaya a pensar que las veintidós páginas nos corresponden. En verdad, las cuatro quintas partes son el marco, hermoso sin duda, malgrado su florido barroquismo, y el resto la tela, es decir lo nuestro, donde no falta el pincelazo de brocha gorda o el pegote de matiz chillón. Sólo por necesidad de la respuesta tendremos que referirnos a algún punto de estas cuatro quintas partes, v. gr., el pesimismo de Goethe o la *contemporaneidad* de Spencer y Maine de Biran o los "imperativos cris-

tianos", que para el crítico de marras, como para algunos liberalotes del mismo jaez, son los mismos que aprendían las beatas españolas en los sermones de Fray Gerundio.

Aunque parezca raro, existe esta semejanza entre las beatas del alba y los liberales "de pie", como llamaba el admirable autor de Jack, a algunos literatos franceses de su tiempo; para ambos grupos, el cristianismo es la penitencia, en su burdo aspecto de carne flaca y cilicio ensangrentado; la maceración, la asistencia a misa, etc., etc., por donde resulta que el devotísimo obispo de Annecy — a quien ni éstos ni aquéllas leen — mejor que a la aprovechada Filotea, debió dedicar su libro a esta pobre gente: a las primeras, para que sepan la religión que profesan, y a los últimos para que conozcan la religión que combaten.

Por cierto no son estos bastos espíritus los que hicieron la Reforma ni los que han de salvarnos de la plaga de los conventos. *Ignari enemici nostri*, seguirán diciéndose tranquilamente los abates, mientras sus contrincantes vociferan en la plaza.

No podía faltar en un trabajo nacional de crítica, la consiguiente alusión a las condiciones personales de quienes hacen la obra que se critica. Los argentinos no hemos llegado todavía, sino por excepción, a esa serena comprensión de otros pueblos, donde se juzga la obra ajena prescindiendo del autor que la escribió. Y no vaya a creerse que aquí las referencias personales se usan por razones de método, como podría hacerlo un discípulo de Sainte-Beuve. Se usan porque sí o porque ese dato interviene en el juicio; porque aún tenemos entre los

idola que criticó Bacon, la manía de leer el nombre del autor antes de fallar sobre el mérito de la obra. Porque quien más, quien menos, nadie puede escribir como epigrafe de las cuatro líneas que publica, aquellas serenas palabras del Kempis, dictadas por el amor y la comprensión: "No te mueva el juicio la autoridad del que escribe, si es de pequeña o grande ciencia, sino el amor de la pura verdad; ni quien lo ha dicho, sino que tal es lo que se dijo."

El señor Pallarés Acebal no podía, pues, prescindir de los novecentistas al juzgar al novecentismo. La circunstancia de ser sus adeptos jóvenes sin antecedentes; desconocidos hasta por modestia personal, algunos de ellos, era una preciosa razón para denigrar la obra ajena y rebajar su valor; y como quien no quiere decir la cosa sino a título de crónica, desde el principio no más de su trabajo, se lamentó de "que a esos jóvenes apasionados por los máximos problemas del espíritu (nosotros) no se sume una personalidad ya consagrada e impuesta en estudios de esta naturaleza, de edad, naturalmente, como para que pueda ser con eficiencia el mentor, el regulador de las nobles iniciativas que surjan del seno de la corporación".

Lo gracioso del caso es que si por jóvenes y no tener una personalidad ya consagrada, nada serio podemos hacer nosotros, por las mismas razones carecería de prestigios el señor Pallarés ante todos aquellos que supiesen que él no ha llegado aún, — por felicidad suya y nuestra, que esperamos mucho de su talento — a la infeliz edad en que los Néstores se consuelan de las impotencias del presente con el recuerdo de las antiguas hazañas... El *laudator*

temporis acti, triste sonrisa de los caminantes del repecho, aún no lo dicen nuestros labios, ¡quiera Dios postergar su hora para Pallarés y para nosotros, muchos años! En cuanto a lo de "personalidad ya consagrada", doloroso nos resulta advertir que él aún no la tiene; injusticia que, seguramente ya le habrá perdonado el amable Gorgias bonaerense, a la reacia sociedad de nuestros tiempos...

No por jóvenes, sin embargo, el señor Pallarés nos disculpa que no tengamos todavía un sistema filosófico. Por el contrario: se complace repitiendo lo que todos saben, puesto que lo dijimos antes que nadie, nosotros mismos: que no tenemos un sistema, y agregamos ahora, que tampoco creemos que para hacer prédica idealista se exija, forzosa-mente, adoptar un determinado sistema filosófico.

El novecentismo no se ha definido como una nueva concepción de la vida, ni pretende ser una esquematización filosófica y, en consecuencia, quien le exija apotegmas y fórmulas imperiosas, demuestra no haberlo comprendido. En filosofía, como en religión, como en política, como en cualquier campo del pensamiento, para definir "un criterio" basta definir un *minimum*. Es raro lo que pasa en el espíritu de nuestro crítico: al contrario de Nietzsche, desprecia en materia filosófica la modalidad espiritual de sus semejantes, porque eso es subsidiario (son sus palabras) y finca todo valor en las "objetivaciones" y en las "cristalizaciones" filosóficas, lo que no le impide proclamar la verdad subjetiva, quizás porque no barrunta que la objetivación y la cristalización filosóficas son los datos subjetivos y las verdades individuales, elevados a categoría de doctrina, es decir, el sentir y el pensar personales,

dogmatizados. Lógicamente, la dogmatización en materia filosófica, es cosa que debería preocuparle poco a quien no cree en la Verdad, sino en verdades individuales.

Es rara también esta manía de predicar contra el dogmatismo, como si fuera posible la filosofía o la ciencia sin dogmatismo, esto es, sin postulados, sin verdades dogmáticas *a priori*.

Todos los sistemas filosóficos son dogmáticos, y concebir una filosofía sin dogmas es construir sobre el vacío. Sólo los místicos, porque superan todo dogmatismo, y los escépticos, porque ignoran que son dogmáticos, prescinden de "verdades necesarias".

Basta, pues, definir un *minimum* para establecer "un criterio objetivo" y ese *minimum* lo dimos con las fórmulas generales del idealismo. Si del Colegio Novecentista saldrá algún día el "sistema filosófico" que nos exige nuestro crítico, es cosa que nadie puede saber, ni nos interesa por ahora. El novecentismo fué definido como antinomia del positivismo, y, en consecuencia, le basta reaccionar contra toda concepción naturalista de la personalidad, para responder a los fines de su creación y hablar de "revisiones", en nombre de un criterio.

El coronamiento de toda filosofía, según se desprende de Kant y sus continuadores, es una ética. La indagación de la Verdad, aparte de obedecer al más noble anhelo de la inteligencia humana, tiene un fin práctico trascendental: ajustar la vida a su ritmo, fundar una moral; y como las doctrinas positivistas no pueden darnos esa moral, porque en sus últimos términos, conciben a la personalidad como una fuerza inactiva, determinada totalmente por lo que

no es ella, nosotros, somos idealistas, esto es, adoptamos la única posición filosófica que — según Le-fèvre — es capaz de construir una ética.

Sin el concepto de *responsabilidad* no se concibe la moral, y desde los tiempos de Aristóteles, la responsabilidad significa la libertad. A esta última palabra, pues, se reduce nuestro *minimum*, y bastó pronunciarla para que de hecho adoptáramos "los varios sistemas filosóficos" de que habla el señor Pallarés Acebal.

Dentro del novecentismo están bien, por lo tanto, el kantiano y el discípulo de Duns Scott, el alumno de Croce y el de Bergson, el lector del "solitario Ravaisson" o el retardado admirador de Cousin, todos aquéllos, en fin, para quienes la libertad no es "una cuestión" sino un principio incontrovertible. De sus filas están proscritos, en cambio, los que conciben el universo como un mecanismo determinado y previsible en la sucesión del tiempo,—mecanismo en el cual el hombre es un "fenómeno" más complicado que la piedra y la planta, pero susceptible de explicaciones físicas. Que a nuestros años tengamos "un sistema" y adoptemos una posición dogmática dentro del mismo idealismo, eso sería lo censurable; y al declarar que carecemos de fórmulas y dogmas imperiosos, de definiciones y recetas para resolver todas las cuestiones que puedan plantearse sobre los principios básicos del idealismo, hemos dado una prueba de honestidad intelectual.

Adoptar la tesis del señor Pallarés, esto es, creer que una prédica idealista sólo pueden hacerla los que tienen "un sistema", es afirmar que en política, por ejemplo, no se debe hablar de democracia como antinomia de monarquía, sin conocer cuáles

son los caracteres del régimen republicano o las ventajas y desventajas del gobierno federal.

El señor Pallarés Acebal sabe que las revoluciones no se han hecho con cuestionarios minuciosos — indispensables para el libro o la cátedra — sino con grandes síntesis, con fórmulas sinópticas, con "ideas madres", según la feliz expresión de un materialista argentino.

Todos los movimientos intelectuales han tenido en sus orígenes la vaguedad que el señor Pallarés critica al novecentismo. En forma vaga hablaron los románticos en Francia, antes que Hugo, empapado de estética alemana, les dictara sus fórmulas definitivas, y "esa vaguedad inicial" que los críticos de la época señalaron con ensañamiento en las obras de la ilustre madame Necker, produjo años después los Cánones del Cronwell. Con lenguaje también vago predicó el naturalismo su desastrado credo medio siglo antes de que Courbet escribiera su manifiesto, origen de la infausta escuela de los "inmensos Mirbeau", que el señor Pallarés frecuenta. Las "cristalizaciones", las "objetivaciones", que tanto preocupan al subjetivismo de nuestro crítico (quien como buen positivista nada concibe fuera de los casilleros y clasificaciones ordenados según la forma y el número) es lo posterior, lo que suele hacer el genio por obra de la intuición creadora o la sociedad con el trabajo metódico y paciente de muchos hombres.

Se ha dicho con razón que Augusto Comte no es todo el positivismo. Fue necesario que la generación de Spencer completara "el sistema" haciéndolo algo más que un método del conocimiento: un anhelo de

filosofía, que se frustró en el primer capítulo de su libro fundamental.

Podemos, pues, los novecentistas hablar de idealismo, sin declararnos partidarios de un sistema determinado, y basta adoptar sus puntos de vista generales para poder predicarlo. ¿Con qué derecho?, pregunta el señor Pallarés. Con el que nos otorga nuestro concepto de la libertad, le contestamos; con el mismo derecho que él tiene de confesar su triste concepción materialista de la vida y definirse a sí propio con el *homo hominis lupus*, de la fórmula inglesa. Con el derecho que tiene de ser positivista, escéptico o cualquier otra cosa por el estilo, quien escribe máximas que hoy no signaría La Rochefoucauld, y publica páginas cuya lectura enrojecería las flácidas mejillas del histrión de Rabelais. Pero, guárdese el señor Pallarés Acebal — y vaya esta advertencia en cambio de tantos consejos que le escuchamos, agradecidos — de no caer, a fuerza de repetir frente al más alto problema del espíritu, la ironía de Enrique Heine, en la desesperada religión de Mr. Härtmann, para quien los más propensos al deísmo antropomorfo que les asusta, son, precisamente, los que razonan demasiado sobre la maldad de los hombres.

Que el novecentismo es cosa vieja, nosotros lo sabíamos antes que el señor Pallarés nos lo historia, y la verdad es que nunca hablamos de su novedad si no en relación al medio intelectual argentino. Si por novecentismo se entiende la antinomia de positivismo, de materialismo, de todo amoralismo, en definitiva, claro que su historia es vieja como idea y como modalidad espiritual. Sus orígenes entroncados en la divina filosofía del Eros platónico, es cosa

que nos honra tanto que no podemos si no agradecer cuando nos la recuerdan. Pero su antigüedad en la historia de las ideas filosóficas no le impide ser nuevo en esas tierras de Dios, donde siempre imperó la filosofía materialista: desde el sensualismo de Condillac y la vanidosa ideología de Destutt de Tracy, hasta el agnosticismo de Spencer.

Las reacciones idealistas tienen una historia, en nuestro país, si bien brillante, muy breve, y todos se distinguen de la actual por la falta de organización y de amplitud que caracterizan al novecentismo.

Podemos, en consecuencia, hablar de novedad, malgrado nuestros ateneos de índole literaria o sin orientaciones, y esto que afirmamos en todos los tonos, es lo que el señor Pallarés no puede negar al Colegio Novecentista.

Viejo el novecentismo, como ideal (algo debería comprobarnos este renacer constante del idealismo, si tuviéramos un poco de comprensión), su manifiesto es nuevo en la República, donde reinó siempre el materialismo, no "por sus mejores armas" — como dice el señor Pallarés — sino por una serie de razones que no es del caso mencionar.

Por otra parte, en materia filosófica todo es viejo, como ya lo insinúa nuestro crítico. El progreso filosófico moderno no ha consistido en plantear nuevas cuestiones — salvo en el caso de Kant — sino en intentar nuevas soluciones y, sobre todo, en precisar el alcance de los clásicos problemas. "Casi siempre, dice Vaz Ferreira, la cuestión primera se planteaba muy simple, con dos tesis opuestas e inconciliables, entre las cuales era forzoso elegir; son esas dos tesis primitivas las que han servido de núcleo para toda la cristalización posterior." Por eso, agre-

ga el eminente profesor uruguayo, "en filosofía hasta se experimenta a veces la ilusión de que no se ha adelantado un paso".

Si lo "único aún susceptible de progreso es la técnica y la observación de los hechos" y si "las últimas verdades han de dárnoslas la biología, las finanzas y la psiquiatría" (el señor Pallarés se refiere a las normas jurídicas) son cosas que no debe decir las un escéptico, porque corre el riesgo de que, por obra de un silogismo, se le venga abajo su elegante filosofía...

Pero no le haremos cuestión por tan poca cosa. El argumento escéptico del *nescio omnia* es invencible, salvo que se le combata con el apóstrofe bíblico, que no se puede decir sin ofender.

De acuerdo, pues, con nuestro crítico sobre la antigüedad del novecentismo. De acuerdo también que en Europa es "un plato recalentado", tanto, que a las grandes figuras de la filosofía moderna, hay que buscarlas dentro del idealismo, ¿verdad, señor Pallarés? No discrepamos en nada de todo esto con nuestro escéptico contrincante, pero se nos ocurre pensar que lo que él debió probarnos con lujo de citas no es que el idealismo tiene una historia larga, sino que el Colegio Novecentista no es una "cosa nueva", en este país, donde hasta los periodistas ilustrados, como el señor Pallarés, llaman "regresivos" a los que creen en la libertad...

Atacar el novecentismo es predicar contra la filosofía idealista. Sabíalo nuestro crítico, y como el tema le resultara un poco feás difícil, optó, con citas de Heine y ¡bendito sea Dios!, con alguna frase del admirable Dostoiewski — corazón lleno de luz y de amor para el triste hogar de Los Humildes

— dar por resuelto el problema de la libertad, a favor del determinismo... y del escepticismo.

¡Raro escepticismo el del señor Pallarés! Se mide con los problemas absolutos, sabiendo que va a perder su tiempo, y los resuelve con el criterio del *nescio omnia*: ignora todas las cosas o el *nihildum, nihil*, en favor, nada menos que del determinismo, esto es, de la filosofía que pretende conocer el presente y predecir el futuro. El escepticismo, como el vestir frac, es de la mayor elegancia imaginable, pero a condición de que se mueva poco...

La única actitud lógica en un escéptico es no discutir ciertos temas, puesto que salirse del *nihil asserere possum*, es dar un "catapultazo", como diría Pallarés, a esa pobre filosofía de la impotencia.

Nosotros no vamos a rebatir la posición escéptica de nuestro crítico. No se puede discutir con una filosofía que nada afirma y que por definición misma nada puede negar, a no ser la razón de su existencia. Porque si la única palabra que le está permitida al escepticismo es el *Ignorabimus* del filósofo alemán, cualquiera cosa que agregue es desmentirse a sí mismo, vale decir, es reconocer la posibilidad de resolver problemas filosóficos. Y el señor Pallarés sabe que el escepticismo, "dogmatismo de la ignorancia", el peor de los dogmatismos, no puede ni debe racionalmente afirmar nada, si quiere al menos ser lógico consigo propio.

Por otra parte, tampoco nos interesa una filosofía que a su amoralidad agrega su ignorancia y que en nombre del absurdo de sus propias conclusiones, predica el renunciamiento, imposibilita la ciencia y contesta con el nihilismo a las más nobles inquietudes humanas.

Pero lo que nos interesa en cambio, es reprocharle a nuestro crítico su falta de lógica. El es escéptico pero afirma que el determinismo ha triunfado, es decir, olvida que desde su posición To único que le está permitido es sonreír de "estoicos y epicúreos", como diría el poeta de *La Galerna*. El sabe que nada conocemos, ni es posible conocer nada, pero nos asegura que el positivismo ha resuelto "un problema". No de otro modo el filósofo de La Gaya Ciencia, a quien cita Pallarés, diría que alaba todos los escépticismos, a condición de que *experimentemos*. Y lo que está bien en el autor de *El Anticristo*, porque deliberadamente escribió un libro sin sistema, resulta incongruente en quien nos critica una posición filosófica porque no hayamos profesado tal o cual escuela del idealismo...

Se burla de los que se afanan en pos de la Verdad y luego llama filosofía derrotada a la que no ostenta una Metafísica — ciencia de lo absoluto, sin presentir, quizás, que ha dado con su frase el argumento más serio en contra del escepticismo. Llama miserable a la filosofía que circunscribe su campo de acción a la psicología y a la ética, únicamente, y olvida que la posición escéptica es incapaz de levantar ni una moral ni una ciencia.

¿En qué quedamos, pues? En que debe ser muy débil el positivismo cuando necesita aliarse con los escépticos para combatir a los idealistas, o un poco veleidoso el señor Pallarés.

Pero volvamos al "libre arbitrio". El principio de la libertad, dice Pallarés, está en franca decadencia. Los argumentos de los estoicos son irredarguibles; por otra parte, todas las investigaciones modernas lo robustecen".

En primer lugar no es exacto que el principio de la libertad esté en decadencia, puesto que toda nuestra filosofía contemporánea es idealista. Hoy como nunca podría la libertad replicar a nuestro crítico, con los donosos y conocidos versos del teatro español:

"Los muertos que vos matáis
Gozan de buena salud."

Los mismos positivistas han buscado ya una conciliación entre la libertad y el determinismo. El señor Pallarés lo sabe, puesto que cita a Fouillée como ejemplo, pero lo que no dice el señor Pallarés es que Fouillée, el conciliador, viene del positivismo. Del positivismo también vino Guyau, que en materia estética, al menos, aceptó la libertad sin ambages, y Boussinesq y algún otro que estudiaron y aceptaron el principio de la contingencia hasta en la mecánica, vienen del positivismo. Por otra parte, la decadencia o apogeo de una teoría no es criterio de verdad, sino para los partidarios de la moda en filosofía como en los trajes.

Y veamos ahora los argumentos estoicos, irredarguibles, en concepto del señor Pallarés.

A nadie se le escapa que los estoicos han confundido los problemas de la libertad. El término *libre*, pertinente a *seres*, lo aplicaron a *hechos*, sobrada razón para invalidarse toda la doctrina, desde el momento en que han sido mal planteados los términos del problema. El mismo Crisipo había intentado ya una conciliación entre el determinismo y la libertad, y el argumento lógico, basado en la necesidad de "que de dos proposiciones contrarias una es forzosa-mente la exacta", fué destruída por el máximo pon-

tífice de la escuela, con el argumento, muy lógico también, de que "lo contrario de lo sucedido, lógicamente, pudo suceder". Con argumentos de lógica, por otra parte, todos los escolásticos comprobaron el "libre arbitrio", por donde resulta que el argumento de los estoicos nos conduce tanto a una como a otra conclusión.

Pero de estos argumentos de la razón buena cuenta ya dió Kant. Con la razón vamos al determinismo... y a la libertad (tercera antinomia). Conviene, pues, no citarla.

Argumento de los estoicos fué también el hecho de que el libre arbitrio, imposibilita, entre otras cosas, la adivinación y la posibilidad de predecir el futuro, en el vuelo de las aves, en las entrañas de las víctimas sacrificadas en los cultos esotéricos y en las contorsiones de la pitonisa. ¿Hace suyo el argumento el señor Pallarés?

El libre arbitrio, por otra parte, rompe la armonía entre los dioses y los hombres, pues supone la incapacidad de aquéllos para conocer el destino del mundo o la posibilidad de que éstos violenten los designios divinos. ¿También figura este argumento entre los irredargüibles, señor Pallarés? Líneas arriba nos condolíamos del "peligro religioso" inminente en que se encuentran estos *comefratiles* y vamos a terminar por creer que nuestro crítico ya se ha cobijado bajo las blancas alas de la teosofía... La verdad es que los positivistas no carecen totalmente de sentimientos religiosos. (La dualidad filosófica del señor Pallarés nos permite llamarlo indistintamente, escéptico o positivista.) La historia del positivismo nos enseña que a lo sumo han cambiado el nombre de las religiones, — es el caso de Comte,

v. gr.—, o han querido demostrar este sentimiento como un producto de la evolución histórica de la raza, sin renegar de él, o han ido, según afirma un docto profesor, a la escuela de la Blavatsky, cuando la inquietud se hacia aguda.

No debemos, pues, extrañarnos que entristecido el corazón por ese triste escepticismo, encuentre irredargüibles, el señor Pallarés, los argumentos de la fe religiosa... Esta evolución del escepticismo a la fe tiene sus antecedentes en la historia, ¿y por qué podría repetirse el caso con nuestro crítico?

Pero volvamos a los estoicos, mientras Pallarés medita en la armonía del hombre con los dioses de Crisipo, apeligrada por la libertad...

Las consecuencias morales, decían, son una prueba más en favor del determinismo. Aparte de que sobre esas consecuencias Kant construyó su teoría de la libertad, — por lo que resultaría inútil discutir con Pallarés y los estoicos — el mismo Crisipo ya había intentado una conciliación del determinismo de su filosofía con el libre arbitrio, precisamente inducido por lo triste de las consecuencias morales. "Prácticamente somos libres", "no todo es necesario que suceda", decía Crisipo, cuando le objetaban que el fatalismo estoico conducía al aniquilamiento de la personalidad frente a las cosas.

La moral kantiana está, pues, con nosotros y a nadie que la conozca se le ocurre rebatir la libertad con el argumento de los estoicos. Más respetable nos parece el razonamiento de Sócrates, que el señor Pallarés, no podría invocar en contra del libre arbitrio, sino a riesgo de caer en otra flagrante contradicción.

Argumento de los estoicos fué también el del sentido común, especie de realismo ingenuo que nada puede demostrar con evidencia ni en el terreno de lo fenomenal siquiera, y que sería infantil ostentar como fundamento de una tesis metafísica. El *neus pántoon* de los griegos, argumento estoico, no puede ser invocado por nadie: lo mismo prueba el determinismo en el caso A que la libertad en el caso B, y lo que prueba, sobre todo, es que las soluciones metafísicas no deben buscarse en lo fenomenal.

Y bien ¿a qué quedan reducidos los argumentos irredargüibles de los estoicos invocados por el señor Pallarés? A unas cuantas sutilezas de valor histórico, a una clasificación de causalidades en principales y adjurantes, lenguaje de conciliación que presentía el *clínamen* de Epicuro y el argumento de Carneades, que nuestro crítico se cuida de rebatir.

El más sólido argumento, el de la causalidad, confunde, como hemos dicho, dos asuntos: el del libre arbitrio, con el problema más amplio de la libertad del ser.

La solución determinista del primero no significaría, fatalmente, el determinismo en el segundo caso, puesto que mientras en uno el sujeto es el hombre y la dependencia, de existir, se referiría al no-hombre, en el otro caso el sujeto es la voluntad, parte de la personalidad, y su relación se referiría a la no-voluntad.

Desde la "Crítica de la razón pura", la causalidad es una simple categoría, vacía de sentido, cuando se quiere aplicar al mundo *noumenal*. Ella rige el mundo de los *fenómenos*, el de la experiencia, el de las formas subjetivas de la sensibilidad,

pero no el de las realidades eternas, el *noumeno*, fuera del espacio y del tiempo, imperio de la causalidad *inteligible*. Para ese mundo, los principios y los conceptos de nuestro entendimiento no tienen sentido.

En el mundo *noumenal*, reina la libertad, y como el hombre no es sino "su propio fenómeno", sus actos concatenados, entrelazados *entre sí*, se rigen por las leyes de la causalidad y determinan su *carácter empírico*, pero ese *carácter empírico*, que no es sino la expresión del hombre en sí, del hombre-noúmeno, tiene su origen en un acto libre.

Somos, pues, un producto de la libertad, que en la "Crítica de la razón práctica" se hace "necesaria" para explicar el imperativo del deber, fundamento de la responsabilidad moral.

Pero el señor Pallarés resolvió el problema sin referir a Kant. Apenas si recuerda al más grande filósofo de los tiempos modernos, y cuando le dedica una frase, es para embanderarlo entre los positivistas, cuyas teorías fincan, dice, en la "Crítica de la razón pura". Es cierto, el positivismo tiene de donde asirse en Kant, en un Kant fragmentado, en "el filósofo crítico inexorable en su agudeza dialéctica", pero por encima de ese Kant está siempre "el filósofo ético, para quien la grandeza de la ley moral grabada en nuestros corazones, no era menor que la grandeza del cielo estrellado".

A ese Kant de la moral estoica y del "yo solitario" a quien Enrique Heine no alcanzó con su ironía, padre del más noble idealismo contemporáneo, le repugnaria la exégesis del escéptico bonaerense ya intentada, por cierto, en algunos manuales del positivismo.

Decir, pues, que la libertad es un principio en decadencia, sin rebatir la moral kantiana, sin señalar al menos quiénes la han rebatido con eficacia, es aplicar una frase de escéptico a un problema trascendental.

El que está vencido en los tiempos modernos es el libre arbitrio medioeval, afanado en conciliar la libertad con la gracia y la precencia, empresa tan respetable como el fatalismo de los estoicos — recordado por Pallarés — y el de la rotación de los astros, que, junto con el determinismo redentor de los pedagogos, embruteció al pobre Segismundo del teatro español.

Pero la otra concepción libre arbitrista cuya prueba psicológica halla Descartes en el sentimiento y en la creencia de la libertad — a lo que Fouillée agregaría: el amor de la libertad — y cuya necesidad fundamenta Kant en la ética, no precisa revivir, porque jamás ha muerto, pese a los escépticos, esos "nómades a quienes todo lo estable les asusta", según la bella definición del mago de Koenigsberg, y pese a los positivistas, cuyo determinismo se resuelve, en último análisis, en otra prueba más a favor de la libertad.

El argumento de Spinoza de que los hombres creen que son libres porque ignoran los motivos que les determinan, se desvanece ante el hecho de que cuanto mayor es la deliberación de la voluntad, tanto mejor se explican sus actos y más hondamente se experimenta la responsabilidad que acarrea. Dígalo si no la triste historia de aquel ciudadano de Ginebra, a quien no pudo el filósofo holandés, con sus razones, desvanecerle la imagen de una Inclusa

y cinco niños abandonados por los caminos de la miseria.

Somos libres porque sentimos nuestra libertad por introspección; porque nos afectamos ante el mal que hicimos y nos complacemos ante el bien realizado, alta virtud del espíritu que nos da el arrepentimiento para rendición de nuestros errores y la responsabilidad para premiar o castigar nuestras obras. Y no vaya a replicarnos el señor Pallarés que algunos no sienten la libertad, porque despreciamos el argumento. Vivan en paz los que aceptan gustosos el imperio de los sentidos—tan amplia es la libertad que hasta eso se justifica en su nombre — mas no vayan a decirnos que lo hacen a pesar suyo, porque los "autómatas", pobres seres encarnados en la suprema forma del hombre, pertenecen a la psicología mórbida, a la psiquiatría y a toda esa ciencia lombrosiana que nuestro crítico aún frecuenta.

"El determinismo impera en la práctica", dice el señor Pallarés, y esto no es exacto.

Los laboratorios no han podido hacer experimentos sobre la voluntad por la imposibilidad material de repetir todas las circunstancias que acompañan a la volición en un momento dado, es decir, que la experiencia directa no ofrece garantías de certeza.

Por lo demás, la psicología experimental no podría darnos sino soluciones relativas, y todas sus conclusiones tendrían valor únicamente para el mundo de los fenómenos, de las apariencias del ser — diríamos en el lenguaje kantiano.

La estadística, a la que también parece referirse el señor Pallarés, tampoco ha respondido a las es-

peranzas de penalistas y sociólogos. Si fuera posible predecir los actos humanos con la exactitud con que predecimos la vuelta de un cometa, ya habríamos aliviado a la humanidad de todos sus crímenes.

La conducta humana escapa a toda previsión y esa imposibilidad de conocer sus actos futuros, que la lógica inglesa achaca al *azar*, no puede ser eliminada con ningún cálculo de probabilidades. De ahí que sea imposible también construir una sociología como otra cosa que ciencia de observación; porque la conducta social, conducta humana, en último análisis, es imprevisible. Al llamar "palabrota" a la sociología, el señor Pallarés no ha caído en cuenta que su escepticismo no tiene derecho de aplicar el dogma de la ignorancia a la ciencia, ni su positivismo puede desconocer las justas pretensiones de la sociología, hija legítima y hasta predilecta de Augusto Comte.

Nada menos que de la sociología, la ciencia determinista que dibuja en un mapa el pasado, el presente y el futuro de los pueblos! ¿Pero en qué quedamos, señor Pallarés? ¿Es posible ser determinista y no creer en la sociología?

Lo que no es posible, sin caer a cada paso en las mayores contradicciones, como le acontece al señor Pallarés, es ser escéptico, porque los mejores, dice Nietzsche, "no han tenido hasta ahora bastante franqueza, ni los más capaces, genio suficiente". Y prácticamente impera la libertad; sólo ella puede justificar el castigo en materia penal, la responsabilidad en todos los actos de la vida, la fe en la amistad, la nobleza en el amor, el arrepentimiento y la satisfacción. Lo contrario, el determi-

nismo, la conciencia "epifenomenal", significaría, lógicamente, la clausura de las cárceles, la libertad de todos los foragidos que obraron mal porque no pudieron obrar de otro modo, y la irresponsabilidad en la vida: el absurdo moral.

A los argumentos en favor del determinismo entresacados de novelas y poesías, no contestamos. Hasta falta de seriedad podría verse en nuestra respuesta si replicáramos un razonamiento positivista o escéptico de Anatole France, con una página de Bouvard et Pécuchet o una pastorela de Longus, verbigracia.

Por otra parte, quien al exquisito autor de Tais lo embandera entre griegos o troyanos, da prueba de no haber comprendido su obra, puesto que ve "novelas de tesis" donde el eximio francés cinceló joyas primorosas, frutos de la libertad creadora. Lo gracioso del caso es que en Anatole France podrían hallar los místicos un argumento, y los católicos ortodoxos la segunda muerte de Pilatos o el triunfo de su fe, porque la ironía gálica de aquel ilustre señor, está por encima de todos los dogmas, de todas las escuelas, de todas las filosofías. Y por eso es admirable y única su ironía... La obra de arte es necesario advertir, ya que llegamos a este tema, es producto de la libertad. Kant fundó la teoría de "la finalidad sin fin", ya presentida por Tomás de Aquino, y Schiller, el poeta de la filosofía kantiana, le dió forma en sus cartas y aplicación maravillosa en su Guillermo Tell; y desde entonces no hay un solo filósofo que al llegar a este punto no reconozca la libertad, no ya como explicación posible de ese fenómeno que se llama "obra de

arte", sino como postulado necesario para su comprensión.

Spencer — pontífice, seguramente infalible, para Pallarés, el positivista, — malgrado sus tentativas de aplicar la evolución a los sentimientos estéticos, tiene que reconocer el desinterés y la finalidad en sí de la obra artística — conceptos aprendidos, dice, "en un viejo libro alemán", que se llama "La Crítica del Juicio", agregaron con cierta sorna algunos historiadores. Taine, Tolstoy, Guyau, Brunetière, y hasta Zola, ¡válganos Dios! tuvieron que conceder acomodada, claro, a sus teorías deterministas y utilitarias, que esta combatida libertad era un hecho en la obra de arte y hasta la sintieron como el inmortal autor de "La Campana", frente a los mármoles serenos o al través de las grandes concepciones literarias.

La libertad, en el peor de los casos, es "un hecho", por lo menos en el arte, y sin la libertad no tendrían explicación sus creaciones.

Por eso los novecentistas podemos leer indistintamente a Renan, a Leopardi o al Kempis. Porque vemos en la obra artística una finalidad en sí, cuya virtud del desinterés la pone por encima de todos los dogmas.

Si, en efecto, un novecentista no pudiera comprender a Byron ni admirar a Omar-Al-Kayyan, como el señor Pallarés pretende, la misma lógica le impediría a nuestro crítico aproximarse al caminante florentino o sentir a los griegos, "esos niños grandes que creían en muchos dioses", o admirar — so pena de renegar de su escepticismo y positivismo combinados — otra pintura que la flamenca y otra estatuaría que las groseras imágenes fenicias.

Y ningún derecho tendría él, por último, de aludir siquiera al kantiano, poeta de "Ici-bas", que se pasó su vida cantando a la Amistad, a la Justicia y a la Verdad, que terminaría por encontrarlas como intención y como "imperativo" en el fondo de su conciencia.

Mania positivista es esta de hacer servir la obra literaria a un dogma filosófico y no ver en ella sino su contenido intrínseco. Era la teoría de Zola, autor de novelas experimentales sobre cuyos datos, su posteridad — decía — nosotros, que les tenemos olvidado a él y a sus "series"—escribiría códigos y tratados de legislación; es la teoría de Dumas (h.), y la de Pallarés, por último, que cree que puede discutirse metafísica con frases pronunciadas por el abate Julio.

Un día de éstos, cuando menos pensemos, algún materialista trasnochado va a deducirnos un tratado de moral, de la miserable filosofía que Oscar Wilde puso en labios de Dorian Gray...

¿Y cómo se atreve el señor Pallarés a decir que Goethe, el inmenso idealista Goethe, cantó el desaliento, cuando su única obra llena de pesimismo, Werther, fué también su único arrepentimiento literario? (Véanse Sainte-Beuve y las cartas de Goethe a Kesner.) En cambio aquel poeta de Herman y Dorotea, dulce y sencillo como un pastor de Arcadia, o el otro, el de Fausto, enfermo de metafísica, de vivir aún, protestaría, seguramente, por la incompreensión de sus lectores.

Si la voluntad humana tiene una voz potente en la poesía esa es, sin duda, la del Júpiter de Weimar, "A ese no lo vencerás", oye decir del hombre, Mefistófeles en el Prólogo del Fausto, y malgrado

las téticas noches del Sabat, el sabio doctor ha vuelto con las trébedes y "Eumofión ha nacido en las nieblas hiperbóreas".

Por otro lado busque el señor Pallarés a los compañeros de Mirbeau, que allente el Rhin, Kant era muy leído y a "La Campana", plegaria del trabajo y epopeya de la voluntad triunfadora, sabíanla de memoria hasta los niños de Alemania.

Una filosofía sin metafísica, es una filosofía derrotada, dice Pallarés Acebal. Los novecentistas estamos completamente de acuerdo en este punto con nuestro crítico, y por un simplísimo silogismo llegamos a la conclusión de que el escepticismo, el positivismo y la combinación escéptico-positivista, gerigonza filosófica de nuestro contrincante, son filosofías derrotadas: porque no tienen una metafísica y, en consecuencia, tampoco pueden tener una moral. No lo decimos nosotros únicamente, lo afirma Pallarés, con frase despiadada (pág. 186).

Y hemos aquí ante un hecho asombroso: este mismo señor Pallarés que escribió improprios contra la Verdad, que se declaró escéptico, sin perjuicio de esperar que las últimas palabras las pronuncie la biología y la psiquiatría, es el que delira ahora por una metafísica — ciencia de lo absoluto — y se indigna porque nuestro manifiesto no tiene entre sus líneas las diez letras anheladas.

¿De modo que el señor Pallarés cree en la Metafísica — contra el escepticismo y contra el positivismo?

¡Y habrá gente en el futuro que diga de Ingenieros: "no hizo escuela"!

El manifiesto del Colegio no tiene efectivamente en sus líneas la palabra metafísica, pero entendíamos que hablar de "la realidad libre de la personalidad humana" era plantear en términos metafísicos el problema de la libertad y en consecuencia, postular una metafísica, puesto que no se concibe idealismo sin ella.

Desde los tiempos de Locke la faz psicológica del problema de la libertad está bien separada del aspecto metafísico, y quien hoy habla de una "voluntad ética, exenta de todo determinismo sensualista" habla, por supuesto, de la libertad, en términos metafísicos, salvo que el señor Pallarés también pretenda negar la libertad en su acepción psicológica, que ya nadie discute.

Decir, como lo establece nuestro manifiesto, que se exige al hombre la responsabilidad moral de todo acto suyo, es proclamar el principio de que la personalidad puede *querer* en el mismo momento y en las mismas condiciones, de más de una manera: es plantear una cuestión metafísica, es resolver el problema de la ambigüedad de los posibles, es hablar de la "posibilidad" — asunto metafísico — es tratar, por último, la *personalidad* misma, capítulo que, quieran o no quieran los positivistas, es muy grande para que quepa en la psicología. Y quien así no haya entendido nuestro manifiesto, o no comprende los problemas de la libertad o trae un grano de suspicacia a este debate.

Prueba de que el señor Pallarés entendió que nosotros tenemos metafísica — sin especificar cuál, porque deliberadamente no adoptamos un sistema dentro del idealismo — es el hecho de que todo su trabajo está dirigido contra la libertad, la responsa-

bilidad, la voluntad, etc., que sólo pueden ser discutidas a la luz de un criterio metafísico. De no haber sido así, toda su crítica no tendría razón de ser.

Cuando hablamos de una libertad, prácticamente limitada por "las normas establecidas en dos mil años de civilización cristiana", no tiene derecho de entender el señor Pallarés que nos referimos a tales o cuales "imperativos" del Evangelio, del Syllabus o del Index, puesto que no hemos dicho "normas cristianas" y menos "católicas", sino "normas establecidas en dos mil años de civilización cristiana", que así se llama, pese a quien pese, la civilización moderna, donde, ¡doloroso es reconocer!, también pululan sacerdotes de Astarté y retardados peregrinos a las fiestas lampsacianas de Priapo. Y claro que estos últimos no pueden ingresar al Colegio Novecentista, porque nuestro idealismo, que es afirmativo, exige, dijo, una vez "moralidad como acción de conducta".

Porque somos libres, porque proclamamos nuestra capacidad para imponernos "una conducta" en la vida, porque nos sentimos con suficientes fuerzas morales para someter a normas nuestras acciones, por la *libertad*, precisamente, se explica que pueda un novecentista, limitar sus actos a lo que cree bueno, y afirmar así, en términos categóricos, que va a vivir de acuerdo con los dogmas, con los preceptos y con las enseñanzas que escogió, *libremente*.

Pero el señor Pallarés cree que esta limitación, que nos la hacemos porque sentimos en nosotros una voluntad capaz de determinarse a sí misma, significa, por el contrario, una negación de la libertad, y como escribimos la palabra "cristiana", que

le asusta, deduce con criterio teológico dos cosas: 1.º la libertad no existe; 2.º los novecentistas son católicos. ¡Flamante lógica!

La brevedad del manifiesto novecentista impedía hacer un catálogo de los fenómenos pertinentes a la ciencia, como asimismo especificar qué normas de la conducta humana escapan a su dominio. Pero había sido imprescindible ese catálogo, según se desprende del trabajo del señor Pallarés, quien "inagüer los annos qe ha", como diría el gracioso Arcipreste, todavía necesita distingos pueriles y *tantologías*, si cabe la expresión, de conceptos que deben darse por sabidos. . . .

La ciencia, hemos dicho, no debe dictar normas a la conducta humana. Desde luego, nos referíamos a todas esas estériles tentativas del positivismo para fundar una Moral y una Metafísica basadas en la observación y la experiencia, — y nos complace que el señor Pallarés reconozca que la ciencia nada tiene que ver con lo absoluto —, pero ignorábamos que esas tentativas se redujeran a las de Haeckel, cuando se sabe que raro es el biólogo que no haya ensayado una explicación de lo absoluto. Bastaría citar a Le Dantec, recientemente fallecido, que abordó el viejo problema metafísico de la substancia y sus formas y definió la vida como un fenómeno químico.

Toda la escuela inglesa de Myers, Sidwick, su corresponsal James y Richet, que dió el crisma a la ciencia Metapsíquica, es otra prueba de ello. El propio Metchnikof (Estudios sobre la Naturaleza humana) reconociale a Brunetière, que la ciencia moderna tendia a salir de su campo de acción, invadiendo el de la filosofía.

Las protestas del idealismo contra esta manía de aplicar un criterio científico a los problemas absolutos de la filosofía, o sea contra el *cientificismo* (1), no significa que los idealistas desprecien la ciencia, ni mucho menos, como dice el señor Pallarés. Descartes y Renouvier en matemáticas, Kant en ciencias físico-naturales, Bergson en biología, Croce en psicología, han sido y son grandes cultores de la ciencia, lo que no les ha impedido descartarla en materia filosófica.

También nos critica el señor Pallarés que el novecentismo sea modalidad de espíritu ajena a la política y a la religión.

(1) Se extraña el señor Pallarés por el uso de la palabra «cientificismo» que, en su opinión, debe sustituirse por «cientifismo». Ni «cientifismo» ni «cienticismo» figura en el Diccionario de la Academia. El vocablo latino «scientia», de acuerdo a las reglas más elementales de la formación de los sustantivos, debería darnos «cienticismo» (cienti-(c)-ismo), puesto que «cientifismo» sería la derivación no del «scientia» latino, sino del adjetivo «científico», con lo que tendríamos un nombre sustantivo derivado de un adjetivo (nadie dice «dogmaticismo», ni «mecanicismo», ni «pragmaticismo», si no «dogmatismo», «mecanicismo» y «pragmatismo», que, aunque de origen griego dos de ellas, siguen las mismas reglas de formación). El uso que tiene el derecho, sin duda, de crear vocablos, pero no el de impedir la formación de términos cultos. El idioma español ya tenía las palabras «derecho», «delgado», «isla», etc. del «sermo vulgaris», cuando fueron introducidos los vocablos «directo», «delicado» e «insula», respectivamente sinónimos, por el «sermo eruditus», sin que nadie se asombrara.

Por otra parte, el francés tiene a su vez la palabra «cientifisme», mucho más lógico, en ese idioma, que el «cientifismo» en el nuestro.

Después de esta aclaración filológica se dará cuenta el señor Pallarés que no es tan obscuro como le pareció ~~en~~ el lenguaje de los iluminados.

La manía gramatical de nuestro crítico es inmensa. Así, por ejemplo, se le ocurre interlineal un «des usado

En verdad poco nos interesa la política en este país, donde los hombres se pasan de la extrema izquierda al oficialismo, sin sambenito que les asuste. La política de comité que en boulevardesco idioma se dice «arrimo» o «acomodo», poco interés tiene para quienes le achacan a ella buena parte de la incultura nacional. Por lo demás, el problema político se resuelve dentro del novecentismo en un problema de educación popular, aspecto sobre el cual no insistiremos, puesto que ni lo menciona nuestro crítico.

En cuanto a nuestra independencia en materia religiosa, la mejor defensa se la debemos al señor Pallarés, de cuya crítica entresacamos lo que sigue:

«La filosofía pura, esto es la verdad, no *debe tener nada que ver* (la cacofonía también es del señor Pallarés) con la religión. La religión obedece a una necesidad muy diferente de la que da origen a la filosofía, y mucho más subalterna. Sólo hay entre ambas, algunas veces, ciertos rozamientos, ciertos contactos que nacen de una misma inquietud o de una misma emoción. El filósofo, siempre dentro del ámbito de su investigación, puede llegar a

por nosotros, que está muy bien puesto, sin embargo, en virtud del conocidísimo pleonismo.

En cuanto a su duda gramatical sobre el párrafo «ajeno a toda suerte de índole religiosa», se la aclararemos gustosos: El vocablo «suertes», del ablativo latino «sortes» o del acusativo «sortem», tiene, entre otras acepciones, la de asunto, cuestión, etc. «Índoles» del latín «indoles», quiere decir naturaleza, carácter, etc. Truéquense, pues, los «iluminados vocablos» por sus equivalentes y tendremos la expresión: ajeno a todo asunto de carácter religioso, con lo que queda despejado el enigma.

Perdonará el señor Pallarés esta breve digresión de epigrafía, pero en alguna forma debíamos corresponder a sus puntillitos de dómíne «vulbuenasco».

sentir como el religioso en un momento dado. Tal coincidencia no los confunde; solamente los relaciona. *Pues el problema de la religión no puede ser de ningún modo el problema de la filosofía.*"

¿Será menester que agreguemos nosotros algo? De ninguna manera; todo lo ha dicho el señor Pallarés.

Estos escépticos o positivistas o, mejor dicho, estos críticos no sólo sin sistema, sino también sin "escuela", son de fácil refutación. En el caso del señor Pallarés, por ejemplo, el positivismo de las últimas páginas de su trabajo se rebate con el escepticismo de las primeras, y a éstas, con el absurdo de las conclusiones a que conduce todo escepticismo, a parte de que la mejor apología de la vida, dice un filósofo de la Iglesia, está en la vida misma.

El renacimiento idealista contemporáneo, es un hecho innegable. El positivismo, decepcionado, fracasado, incapaz de darnos una definición en cuya síntesis halle el espíritu humano, el milagro de su origen y su destino, ha pasado a la historia de las teorías, sin el atractivo siquiera, de la belleza y de la fe que otras tuvieron. Su basto criterio no pudo ser el prisma en cuya arista el alma, sutil, incorpórea y fecunda, como la luz, revelara el encanto de su divina esencia. Ha pasado y nada podemos esperar de él.

Si el idealismo, en cambio, dirá o no, la palabra suprema, no sabemos, pero es lógico presumir que, descartado el escepticismo — filosofía negativa, incapaz de construir nada, derrotado el positivismo, que todo quiere circunscribir a conceptos mecánicos estrechos, — sólo nos queda este camino que en el improbable caso de que fuera el del error,

tendría, al menos de parte suya, el aliciente de la belleza y de la virtud.

Por eso vivimos en un periodo en que el alma — diría Maeterlink — pugna por salir a flote para imponer su ley a la materia inerte. Toda nuestra filosofía actual es idealista, y mientras los Wilde y demás exquisitos pasaron para siempre como la moda que los trajo en nombre de una sensibilidad enfermiza, Tagore nos perfuma el espíritu con las especias de su tierra, Maeterlink agota sus ediciones, y los poemas de Kabir nos abren un nuevo mundo de esperanzas.

Señor Pallarés Acebal:

Como los dioses Tesalios en la fábula de Heine, los ídolos del ochocientos han comenzado ya el desbando...; vencidos, aquéllos, en religión y en moral por el Logos joánico, que predicaba Pablo cerca de Roma y por la esperanza cristiana que iba sembrando Pedro en los caminos del Lacio, el viejo Dios de los griegos con su divina comparsa, tuvo que buscar refugio en tierra de descreídos. Mas no le fué doloroso el exilio a la prole de Saturno, porque le quedaba, al menos, un imperio: el de la belleza suprema. A los pobres ídolos del positivismo, en cambio, ni ese consuelo les queda — porque son feos, antiestéticos — y aseguran, los que contemplan el desbando, que son hasta ridiculos vistos por detrás.

El Colegio Novecentista.

LEONARDO DE VINCI Y CERVANTES

¿Qué me dicen estas dos figuras extraordinarias, que se levantan sobre el horizonte de la vida, más allá del tiempo y del espacio, más allá de la razón, vestidas de un velo universal y eterno? ¿Qué me dicen estos dos hombres que alentaron en su espíritu el espíritu de todos los hombres y en su conciencia la conciencia de todas las edades? Al uno lo evoco en las calles florentinas, bajo la sombra de los palacios altaneros, o ya contemplando el Arno, desde Fiésolo, las suaves colinas y los crepúsculos que descienden sobre el vecino monte, con nubes azuladas; y en esa contemplación *renace* por vez primera la naturaleza: en la hoja tembladora o taciturna, en el rayo de sol que se quiebra en los tejados o se esconde para morir en la onda de los riachos, y al contemplador lo evoco en las faenas del taller o del certamen, y lo evoco más tarde en andanzas por el mundo, y luego, después de haber gustado la savia del árbol del bien y del árbol de la ciencia, lo veo recogerse bajo la encina secular en los jardines de Francia. Al otro no lo evoco en el magnífico combate del mar sonoro, entre el fragor de las armas y la pólvora enemiga, bajo el cielo de Píndaro o de Homero, ni en la corte principesca donde aprendió el secreto del mundo en la vanidad

y la soberbia, ni en la lúgubre mazmorra de las cárceles orientales, donde aprendió el secreto de los fuertes en la conciencia propia —, empero lo contemplo, “poderoso y solitario” por su mismo genio, en los caminos grises de Castilla, en los caminos pedregosos, sin árboles y sin fuentes a la vera, que al ponerse en ellos la planta peregrina fueron desde entonces caminos del mundo...

Ciertas existencias humanas tienen el prestigio del mar, no del “infecundo” de que nos habla la “Odisea”, sino del mar insondable, preñado de misterios, que embarga la razón y levanta el alma a la región de lo sublime. ¿Quién penetró el genio de Leonardo y de Cervantes? ¿Quién conoció la génesis de ese genio y su florecimiento en el arte? Generaciones seculares pusieron su sensibilidad en “El Quijote” o en “La Gioconda”, y ninguna de ellas reveló el misterio absoluto del arranque que mueve el brazo del Manchego y que anima la sonrisa de la mujer incomparable; dijeron que era el escarnio de una cultura literaria el gesto hidalgo; dijeron que era perversa ironía el pliegue imperceptible de una boca. Se habló de venganzas mezquinas y de celos bastardos, y se olvidó que una esencia celeste levantaba a superior esfera el brazo que castiga y el labio fácil que enamora.

¿Dónde vió Leonardo “su sonrisa”? ¿Tenemos certeza de que alguna vez la viera? Y si la vió, ¿no sería en las estelas de luz que deja el sol poniente,

o dibujada en los primeros astros de la noche, o ya en la tierra, como aleteo sutil e impalpable en cien mujeres, que al querérselo aprisionar en un labio se desvanece como sueño?

Dicen que el Vinci se pasó largos días ante la imagen de la mujer del Giocondo; dicen que estudió anatómicamente el rostro: la amplia frente, las cejas, el arranque del cabello, el óvalo puro; dicen que se inclinaba pensativo ante el encanto misterioso de las manos de dedos fugitivos y uñas nacaradas; dicen que puso su oído en el estremecimiento del pecho, que alzaba la túnica obscura del hábito que brevemente lo ceñía; dicen que percibió el discurrir de la sangre bajo la piel de nieve, y adivinó el pensamiento de la frente en la chispa de los ojos y en el color de las mejillas, rosa pálido. Y los días pasaban sin que la sonrisa iluminase el rostro con la luz de las pupilas, sin que la sonrisa revelase el enigma interior por las "dos ventanas del alma". ¿Hallaría él la sonrisa en esos labios, la sonrisa que vislumbró en pretérita existencia, cuyo encanto fascinaba su vida por el mundo? ¿"La Gioconda" sonreiría? Músicas suaves llenaron entonces la estancia donde la "donna" y el pintor se recogieron. Fué la música:

A cuyo son divino
El alma que en olvido está sumida,
Torna a cobrar el tino,

Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Fué la música la que desprendió del alma del artista, la sonrisa sutil, vagarosa, que se posó en los labios pálidos del modelo un instante fugitivo, y se eternizó en la tela por el arte. Y al conquistarse el secreto del labio, se conquistó el espíritu que discurre por el pecho y las manos de la mujer elegida: y ese también fué el secreto de Fidias, cuando el griego engalanó de gracia ideal, desde la cabeza a los pies, el niveo mármol de sus creaciones estu-
pendas.

¿Quién fué la señora "Dulcinea del Toboso"? El Manchego en un momento de sublime lucidez, nos dice que sólo la ha visto cuatro veces, "y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba"; Sancho la recuerda, por menudo, como moza fuerte, dedicada a faenas rústicas. Ante la simpleza del escudero, aquél prosigue: "Bástame a mi pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información del para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo". Y la mujer zafia, hija de labradores, se alza en su imaginación con todos los atributos de la hermosura, y en ella resplandece, no igualándosele en perfección ni Elena ni Lucrecia: "que si por esto fuere

reprendido de los ignorantes, no será castigado de los juiciosos". La humanidad ratificó estas últimas palabras y persiguió en la castellana humilde un sueño de amor y de belleza. Mujer de carne y hueso fué "Dulcinea", pero mujer encumbrada hasta los cielos, y vestida de luz, cuyo resplandor se derrama en el mundo y penetra en el espíritu de todos los hombres. Y en esa mujer se reveló el secreto de Parrasio, el pintor helénico, quien alcanza la perfección sobrehumana, al recoger de sus modelos la parte más bella, para formar luego un conjunto armonioso y único.

Leonardo busca en el seno del pueblo los modelos vivientes de sus creaciones artísticas. Dicen que "La Cena" nunca se terminaba, por faltarle la figura que personifica la figura santa, y dicen que ésta fué la misma que representó a Judas Iscariote. Ahí está el "estudio" de la cabeza divina, ahí está el Cristo que conoce su próxima muerte, la traición y la ignominia, y que se eleva, no obstante, sobre el mundo, con un gesto de serena resignación. ¡Cuánta gracia celeste, cuánta mística dulzura, cuánta humana comprensión, infunde el Vinci en su estudio incomparable! ¡Cómo se purifica la expresión plebeya del modelo en el fuego sagrado del arte! ¡Cómo se armonizan el barro de la vida, la sombra de la muerte y la luz de las esferas, en el pincel que penetró la vida y la muerte, dueño del misterio! ¡Cómo el genio de la tierra se levanta y se anega en "luz no corrompida"!

Cervantes busca en un pobre hidalgo de la Mancha el tipo que simboliza la caballería andante. Ahí está Alonso Quijano, henchido de ridículos ensueños; ahí está en sus primeras aventuras moviendo a risa al docto y al indocto; ahí está la venganza de un pasado en el brazo que se yergue contra molinos y carneros; ahí está en esa figura enjuta la expresión del sarcasmo y la mofa... pero el hidalgo maltrecho y burlado se levanta poco a poco: su ideal humano crece y manda su sombra por doquiera, sombra que cubre los caminos de Castilla y llega hasta Sancho... Y en la sombra del "Quijote" el espíritu de Cervantes se anima, y el espíritu de su tiempo y de su raza, y el espíritu, en fin, de todos los hombres, que hallaron un símbolo de sus deseos y sus ansias en el glorioso y triste Caballero.

¡Leonardo y Cervantes! Los dos cruzan por la vida sedientos de humana curiosidad; los dos interrogan el misterio de la tierra y de los cielos, y los dos revelan la luz de ese misterio en sus creaciones inmortales; los dos ponen esencia universal, como dijo Goethe, en lo particular y transitorio, y los dos estremecen a los hombres en el hechizo de una mujer o en el gesto de un hidalgo. Los dos son cruzados del ideal, y tales cruzados nunca descansan, porque el ideal es de esencia inmutable, que "renace" siempre y jamás se apaga, y por ese ideal sus nombres se pronuncian con el mismo fervor, y "Dulcinea del Toboso" sonríe a "Mona Lisa", y el Cristo de "La Cena" bendice al Caballero de la Mancha.

Jorge M. Rohde.

CUANDO YO ME VAYA

A Luis M. Jordán

Puedes decirle al mundo: — Jamás produjo nada,
 fué un hombre enfermo, inútil, triste decepcionado;
 que sufrió recordando su juventud pasada
 y sufrió con su angustia de desilusionado.

Puedes mostrarle al mundo mi vida desgraciada,
 sin olvidar la sombra del más leve pecado,
 le dirás, por ejemplo: era bella su amada,
 y cometió la falta de amarla demasiado.

Pero si algún buen hombre mordido de tristeza,
 quisiera perdonarme, le dirás con presteza:
 —Guarde Ud. su perdón.

Este pobre muchacho que ante todas las cosas
 supo de bellos versos y de fragantes rosas,
 ya no lo necesita.

Le ha perdonado Dios.

SI ALGUN PERRO TE LADRA

A Korn Villafañe.

Si algún perro te ladra, primero te retiras
 prudentemente y luego, ya repuesto, le miras
 con desprecio, con asco. Después le compadeces
 y bien pronto le olvidas.

¡Cuántas y cuántas veces
 los canes de la calle me dieron su ladrido!
 Cuántas y cuántas veces, yo pagué con olvidos

la impotencia, la envidia, la mezquidad, el odio
 y me olvidé del perro, del fútil episodio,
 del además grosero, de la frase importuna!

Y fui como la luna
 que la jauría ladra mientras ella, sonriente
 se va por el camino de las constelaciones.
 Yo prologué mi ruta, filosóficamente,
 y descendió hasta ellos la luz de mis canciones.

Alfredo Genser.

CeDInCI

EL COLEGIO NOVECENTISTA Y NUESTROS ESTUDIOS JURIDICOS

La "actitud" novecentista no debe limitarse al campo filosófico. Ciertamente es que en materia de filosofía es donde más se resiente nuestro ambiente de "ochocentismo" y donde es más necesario, por la importancia capital de la filosofía para la cultura toda de un país, renovar, "actualizar", poner el pensamiento argentino dentro de las grandes corrientes contemporáneas. Pero, aparte del filosófico, hay otros campos de nuestra actividad intelectual que se hallan evidentemente muy necesitados de una completa renovación. Tal el campo de los estudios jurídicos. No hay a este respecto más que contemplar, por un lado, los planes de estudios y los programas de enseñanza y de examen de las cuatro Facultades de derecho del país, y por otro nuestra legislación, el conjunto de nuestro Derecho positivo. En una como en otra parte encontraremos dominantes la incoherencia y el atraso.

Basta, en cuanto a la enseñanza del Derecho, recordar que la materia fundamental, la que ha de dar un criterio y presentar una primera visión de conjunto del vasto campo jurídico, ha estado en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, durante largos

años y hasta su muerte, a cargo de un profesor que tenía por lema "el Derecho es la Fuerza" (1), y que hacía gala del más exagerado e intolerante positivismo. Es también un ejemplo demostrativo el programa de "Filosofía del Derecho" de nuestra misma Facultad, programa en el que luchan el índice de la vetusta obra de Boistel con el del libro de Vanni, completamente opuesto a aquél.

A este respecto es imprescindible demolerlo todo y reconstruir totalmente el edificio con un criterio como el de nuestro Colegio, un criterio del "novecientos", que comience precisamente por hacer ver a los que lleguen al campo jurídico, toda la belleza que fuera de la Fuerza y contra la Fuerza tiene el Derecho, y les muestre los funestos errores a que un positivismo trasnochado puede llevar en materia sociológica y jurídica.

En cuanto a la incoherencia y el atraso de nuestra legislación, — que el ejemplo magnífico de la pequeña gran República vecina hace más evidentes — no sería justo atribuirlo a los defectos de nuestra enseñanza. Los de nuestros Códigos fundamentales se han debido a causas ajenas a la enseñanza universitaria, causas relacionadas sobre todo con las condiciones particulares del país en las épocas en que dichos Códigos fueron sancionados. Por de pronto

(1) Una edición, la francesa, autorizada por el autor, de su obra «El Derecho», lleva el título «Le droit c'est la force.»

la República no estuvo durante la mayor parte de los cien últimos años en condiciones de producir el núcleo de hombres de excepcional preparación que la formación de una legislación relativamente perfecta y original hubiera requerido. Los codificadores fueron, ante todo, muy pocos y fueron, además, hombres que al lado de su acción legislativa, tenían una vasta acción política y social a realizar. No pudieron así recluirse en la soledad de sus gabinetes para la preparación de las leyes que el país necesita, ni pudieron dedicarse a su disensión serena y científica en el seno de comisiones o de congresos. Más o menos cabe decir lo mismo de los principales autores de otras leyes fundamentales, quienes han sido en muchos casos personas desprovistas de toda preparación jurídica, médicos, ingenieros, etc.

Esta situación debe cesar. No es posible que sigamos con Códigos anticuados y caóticos, que descuidan la defensa de intereses fundamentales y que hasta ignoran la navegación a vapor, como ocurre con el de Comercio. Tampoco en materia de legislación general puede continuar el desorden y el atraso actuales.

La renovación "novecentista" de nuestra legislación debe ir desde el espíritu superior que la informe hasta el mismo procedimiento, hasta la misma técnica legislativa, sacando la confección de los Códigos y de las leyes fundamentales de las manos de codificadores únicos o de comisiones parlamentarias sin preparación suficiente para entregarlas en ma-

nos de corporaciones competentes que se limiten a poner el Código o la ley, ya hecho, a la sanción legislativa. A este respecto he manifestado ya en otra ocasión que entiendo que el órgano natural para la acción de reforma de nuestra legislación han de ser las Universidades argentinas y en especial la de Buenos Aires, por ser la que cuenta con más elementos para el caso, aparte de que, por funcionar en el mayor centro de población de la República, está mejor que ninguna otra en condiciones de advertir las necesidades reales del país en materia legislativa.

Mientras la reforma no se acomete, la actitud "novecentista" ha de ser de crítica, de crítica severa e implacable de la actual legislación. Es en esa actitud en la que entiendo haberme colocado en mi obra en curso de publicación, "Código de Comercio comentado". Esta es una obra esencialmente crítica del más deficiente de nuestros Códigos. Realizar o tratar de realizar entre nosotros un "Tratado" de cualquiera de las ramas del Derecho privado, me parece, en efecto, prematuro e inoportuno. Podrá ser de utilidad a los estudiantes; pero el país lo que necesita es que los defectos de nuestra legislación sean evidenciados para así apresurar la reforma de nuestro edificio legislativo, hoy tan atrasado, tan del "ochocientos" como el criterio que, al menos hasta hace poco, inspirara nuestra enseñanza jurídica.

Carlos C. Malagarriga.

LEYENDO

I

En la paz del jardín silencioso
se diluye una fresca oración,
que se aleja en la voz de las frondas
y se abonda en el buen corazón...
Es que ha dado en la cuerda divina
el divino Fray Luis de León.

II

Hoy navego en la calma suprema;
tengo el alma inundada de luz...
Ha cantado la alondra celeste
con el dulce San Juan de la Cruz.

RECLINASTE EN MI PECHO...

Reclinaste en mi pecho tu cabeza
temblorosa de amor, entre mis brazos.
Levemente tus labios sonreían
y tus ojos estaban entornados...
Así te contemplé por un instante,
y hundi todo mi espíritu en tus labios...

Héctor Ripa Alberdi.

DISCURSO

A José María Monner Sans:

Este discurso fué pronunciado en el mes de Abril del año 1917 en el Ateneo de Estudiantes Universitarios, al hacerme cargo de su presidencia. Se me extraviaron los originales en ese entonces, y hoy que por una infeliz casualidad he vuelto a hallarlos, al decidir su publicación, siento la necesidad de dedicárselo a quien tuvo la culpa de que lo pronunciara. Y me place esta dedicación hoy que se ha definido tan categóricamente nuestra oposición intelectual, porque al estamparla renuevo en mi espíritu la evidencia consoladora de que la fuerza ignota de la amistad, resuelve la oposición en una inalterable coincidencia afectiva T. D. C.

Hay en la apreciación de las cosas y en la manera de la conducta activa, dos formas de actitud espiritual: se puede apreciar y obrar con amor o con cariño; digo, con entusiasmo o con serenidad.

Siempre se predica que el entusiasmo es una virtud de nuestra edad; yo diría que es la manera natural de los temperamentos jóvenes; quiero decir con ello que no es una virtud sino algo que simplemente *es*.

Por lo tanto me atrevo a discutir la prédica y si no llevo a creer que el entusiasmo a nuestra edad sea un mal, si me atrevo a pensar que es un peligro. La forma natural de las cosas no es siempre lo que las cosas deben ser, y adelantando mi juicio puedo decir que el entusiasmo estará mejor en la época en que la personalidad ha terminado de hacerse, es

decir, cuando la forma natural del temperamento es la serenidad.

Para explicar mi convicción os diré que son para mí la juventud y el entusiasmo.

La juventud es el momento de la explosión vital; la vida, hecha torrente, pocas veces encuentra cauce marcado; se vive entonces según el primer impulso, o el impulso más fuerte, en un afán continuo de pluralizarse, y si no de quererlo todo, al menos de querer conocerlo todo; ved que no digo saber, sino conocer, porque el saber presupone método y concentración, y la juventud es una polifurción desordenada, un torrente sin cauce, como la vejez es un cauce sin torrente.

El entusiasmo, a su vez me aparece como un atributo de la actividad. Como atributo presupone dos cosas para legitimarse: que una actividad exista y que merezca exaltación. Me pongo en todos los terrenos, intelectual o sensible, el entusiasmo en la acción o en las ideas. Así se explica que sea el entusiasmo la forma natural de los temperamentos jóvenes; hay en el fondo de éstos como el rumor de un manantial perpetuo, de donde brotan los impulsos a gastar la vida en una exaltación de todas las actividades, de todos los movimientos, de todas las convicciones. Se dirá que esto es noble y dignificante generosidad, ¿pero, habrá ocurrido pensar si es razonable? (1). La actividad juvenil — ya lo dijimos — es naturalmente desordenada y sin oriente; y es desordenada por la enorme desproporción entre ella y los fines a que puede aplicarse.

(1) Razonable por oposición a inconveniente, porque creo que toda actitud para ser ordenada y conciente debe necesariamente tener un origen racional. Es inoportuno en este lugar agregar el porqué.

Ninguno de los fines de nuestra edad — como no sea el único y despreciado de conocernos a nosotros mismos — puede él solo enfocar todas las energías; por eso busca aplicarse en múltiples direcciones distintas. Hay mucho afán pero también muchas fuerzas distintas que lo solicitan tratando de arrastrar el espíritu en el instante en que debemos comenzar a conocerlo. Afanes que llevan a probar todas las actividades y entre todas una que ejerce una atracción fatal: la política. Y bien la política es el superlativo de esa forma ilusoria de la realidad que se llama la apariencia; son aparentes, su moral, su utilidad, sus resoluciones y las reputaciones que consagra. Pero la forma aparente de las cosas es una forma falsa. La política, — hablo de su mal sentido actual — es una sistematización de la falsedad.

¿Es razonable que a esa actividad desorientada y sin concierto se le agregue el atributo de la exaltación? Pienso lo contrario, este es el trance en que la serenidad es supremamente necesaria.

Serenidad, actividad íntima y silente, estado propicio a la meditación, camino y cumbre de la vida interior, del vivir según nosotros mismos, donde nada nos solicita ni nos empuja que no sean las fuerzas del mismo espíritu. Vivir en la serenidad es volver las espaldas al ambiente (1), a ese ambiente que cuando se ha vivido buena parte de la vida universitaria deja una dolorosa sensación de vaguedad, de incipiencia y de frivolidad — humo de hoguera apagada, — en el que Séneca hubiera

(1) Quise dar a entender con esta expresión que nuestra vida debía aislarse del ambiente hasta revestirse de fuerte armadura espiritual con la cual habría de librar la gran batalla por la formación del nuevo ambiente que no es un producto fatal y determinado sino obra libre de las libres voluntades individuales.

vuelto a exclamar, con menos razón, y con más ironía que en su tiempo: ¡cuántos hombres conozco que podrían ser sabios si es que ellos no pensarán que ya lo son! — y ahondando la mirada siempre en nuestro interior, afanarnos por llegar a la realidad profunda de las cosas; por enfocar nuestras inclinaciones convictas, en el sentido hallado de nuestra vocación, es decir en la recta conciencia de una aptitud determinada; conquistar por fin algo poco vulgar (2), pero tan necesario en estos asuntos del espíritu, como la tranquilidad de conciencia en los asuntos del honor: llegaremos quizá algún día a conocernos a nosotros mismos.

Grave asunto este del propio conocimiento, no ha de ser obra de un año, pasarán muchos de perseverancia tesonera, y allá, al fin, arrivaremos — si es que a Dios no se le ocurre antes la idea caritativa de impedir la desilusión de conocernos. Recién entonces, surgiendo la actividad de convicciones profundas templadas en la meditación estudiosa de muchos años podrá empenacharse de entusiasmo.

Imagino la evolución ideal de nuestra juventud según la línea de una espiral que, del círculo más amplio y exterior — el momento del vivir hacia afuera, desordenado y difuso — vaya cerrándose en una concentración paulatina y continua, hasta llegar al punto solitario y luminoso de una profunda intimidad con nuestro propio espíritu.

Y ahora me hago cargo de una objeción posible y el carácter, se dirá, que será de él en el enclausuramiento espiritual que se pretende? Será justamente lo que debe ser. Es que yo creo errada la noción que del carácter tiene el común de las gentes;

creen que es algo que como las cátedras se adquieren por oposición; ven hombres de carácter en los de actitudes más aparentemente definitivas, confunden, en fin, carácter con violencia. No, el carácter yo entiendo que es, en realidad, una posesión verdadera de nuestro yo; y solo llegaremos a poseernos cuando hayamos llegado a conocernos; por eso la cumbre del carácter es la serenidad, suprema forma de la autodominación.

Creo haber sugerido en vosotros porque, — con razón o sin ella — vuelvo hoy con cariño a esta presidencia que hace apenas un año ocupé con amor, como si extinguida la llama, quedara empapando al espíritu una tibieza suave.

Hasta aquí entendíamos que esta casa debía ofrecer un escenario para la realización externa de las aptitudes juveniles. Hoy creemos que nuestra misión es conseguir la existencia real de esas aptitudes, y a ello vamos por las dos sendas, de la meditación y de la cultura.

La meditación que puede llamarse tal, es una sola; la que busca el fondo íntimo de las cosas. En la cultura ya existen los matices; nosotros pretendemos darle el más fuerte de todos: el que da el conocimiento de los maestros por los maestros mismos.

Desde hoy ya no le pediremos a nuestros compañeros que ocupen la tribuna, les pediremos mejor que ocupen modestamente un lugar en los círculos de estudio.

Dice Bergson que en toda forma humana se advertirá el esfuerzo de un alma infinitamente flexible, de movilidad constante, exenta de pesadez por no estar sometida a la atracción terrena. Esta alma comunica algo de su ligereza alada al cuerpo que anima, le infunde su inmaterialidad que al pasar a la materia constituye lo que llamamos gracia. Tal me parece la obra de esas culturas integrales — literatura, arte — con relación al cuerpo de las disciplinas profesionales; constituyen la gracia intelectual. Y dominándolas a todas, integrales y profesionales, queremos que alumbre la antorcha de la filosofía, que infunde en la personalidad el espíritu de fortaleza.

Tomás D. Casares.

EL SEGUNDO ADVENIMIENTO DEL ARTE (1)

POR RALPH ADAMS CRAM

(Continuación.)

III

En la pintura el caso ha sido peculiar. La refinada escuela antigua del retrato primitivo de tonos leonados pasó con la arquitectura colonial; y cuando algunos artistas comenzaron a pintar cincuenta años más tarde tuvimos como representante de los ideales del público el culto de J. G. Brown y de Bierstadt; como representantes de los ideales del pintor a Hunt, Fuller e Inness. En esta última categoría la producción fué reducida y primorosa y, por supuesto, puramente individual, sin relación ninguna con la época en que se producía. Luego inundó violentamente las exposiciones una invasión de pintores de todas las escuelas. La calidad de sus obras fué lo que podía esperarse de su origen y de su objeto.

Durante esta época seguí mi aprendizaje como crítico de arte, y nunca olvidaré mi sorpresa cuando los primeros cuadros prerrafaelistas comenzaron a introducirse en América. Fué como la primera audición de Wagner en tiempo de Théodore Thomas (¡alabanza sea dada a su nombre!) que tuvo lugar casi al mismo tiempo. Habíase forjado en cierto modo un eslabón con el grandioso pasado, y las escuelas, clubs, exposiciones y críticas de arte

(1) Revista "Inter-América", No. 5, de Septiembre de 1917. Nueva York.

se convirtieron en aire. Pero el prerrafaelismo nació en su temprana juventud, y la Real Academia reasumió su imperio en el lugar que le sirvió de cuna.

En América la pintura continuó en el mismo nivel artístico, sólo con producción más copiosa hasta que el mecanismo rutinario y progresivo de la vida manifestóse también en la estética. La cuestión "tema" tan agradable en otro tiempo cayó en desuso, y encomendóse la salvación únicamente a la técnica, a la hábil manipulación de los pinceles y colores y a la artificiosa distribución de la atmósfera y de la luz y las sombras. Luego, en los últimos días, en vísperas mismas de Armageddon, llegó hasta nosotros la anarquía europea, absurdo tras absurdo, fruto de la rebelión turbulenta si bien justificada contra el Salón y la Real Academia; y en la Quinta Avenida cundieron la herejía y el cisma. Nadie sabe todo lo que pudo suceder, ni aquello significa nada tampoco. La guerra estalló en medio de la invasión, y ahora viene un nuevo interregno, una época de observación hasta que vuelva la luz. Los artistas siguen pintando, pero todo es falso de verdad, indeciso, indeterminado. Algo nuevo tiene que venir, pero nadie se atreve a augurar lo que será. Todos saben que el mundo está en trabajo de reconstrucción y hasta que este deseable fin no se haya alcanzado continúan en atenta expectación.

La historia de la escultura no es muy diversa. Existió en primer lugar el culto a Cánova en el tipo de la esclava griega y del Washington semejando a Jove en su pétreo toga; a éste siguió el período de la estatua ecuestre (que aun vive en toda su danzante mediocridad); y luego entre los "hijos

predilectos" de bronce o de granito con sus largos pantalones y sus barbas, surgió el fenómeno inespereado de los Saint-Gaudens, French, MacMonnies, y la aparición de obras maestras aisladas como la Bacante, el Hombre Diminuto, y una de las más notables esculturas de la época, la figura amortajada en el cementerio de Rock Creekk. Esto fué también individualismo neto, creaciones de hombres distanciados de sus semejantes, dando vida a sus sueños y visiones muy lejos de Wall Street y Pittsburg, de tiendas y talleres y de escuelas técnicas. El público respondió ocasionalmente, a veces con entusiasmo, y volviendo luego a sus asuntos, en tanto que ninguna escuela aparecía para continuar lo que podría haber sido una tradición si hubiera nacido del impulso de todo un pueblo en vez de la visión de un genio brotado extemporáneamente.

Luego, en la última década, vino de Europa una nueva ráfaga de anarquía, no para perfeccionar la imitación ya que tenemos por lo menos el salvador espíritu burlón, sino para cercenar la satisfacción propia que ha llegado a convertirse en hábito, y para lanzarnos a alturas de individualismo todavía inexploradas. Ahora cada cual trabaja por sí mismo y siguiendo su propio estilo recientemente descubierto si no patentado aún: griego arcaico, gótico francés, egipcio, indo, siamés, y sabe Dios qué otros más; muchos de ellos notables indudablemente, todos vibrando de aislado individualismo. Por algún detalle son diferentes sin ser rodinianos o cubistas, y hacen descansar de la estereotipada y frenética persecución de alguna nueva e improbable posición en que la desnuda forma femenina pudiera contraerse sin volentar demasiado la anatomía. Detengámonos de nuevo y aguardemos lo que deba venir.

LA VIDA SINTESIS

Nadie intente llegar sereno y fuerte a la mágica cumbre de la Vida Síntesis, sin antes atravesar sonriente los arenales de la Vida Múltiple.

Ortega y Gasset: en España, un espectador; en América, un espectáculo.

El único pecado de Juan Agustín García, el impecable: citó *una vez* a Max Nordau.

El Colegio Novacentista es una reunión de hombres cultos, desacordes en todo — menos en el alarde de ser novacentistas. El Colegio es, pues, una escuela de futuros adversarios.

Tomás D. Casares: su austeridad es tan grande que no transige — ni con la gramática.

Rafael Alberto Arrieta: sólo con guantes toma la pluma!

El genio es un pobre hombre sin memoria y sin conocimientos, que por consiguiente está obligado a proceder siempre — por cuenta propia. De ahí su originalidad.

A Justo Pallarés Acebal. ¿Con que el escepticismo es el evangelio de las nuevas generaciones? Felicitamos al Ateneo.

José María Monner Sanz: un joven que corre el peligro de hacer su primer millón antes que su primer libro.

A Carlos Obligado: "Muy instructivo su compendio geográfico del Paraná. Espero que mi sombra no lo haya molestado. Labarden."

La paradoja es el lenguaje de los intuitivos.

Un asiduo lector de *La Nationalité*, Diego Luis Molinari: sabe — pero no sabe saber.

A Ideas: bien por el novecentismicidio! Cuidado, no resucite en la propia casa.

—

Para Paul Groussac: — Después de leer el prefacio de "Los que pasaban": hasta los tigres envejecen!

—

El arte es el mal divinizado por la sinceridad.

Lapislázuli.

=====

NOTAS

CeDInCI

Notas

AMADO NERVO

Si alzamos la mirada a los cielos de Platón o de Pitágoras, y en ellos vagamos con la gracia preexistente de los números o de los nombres, veremos que en un astro dulcísimo se hincha de luz, de purísima luz, el nombre de Nervo, para derramarse luego en los caminos del mundo, con el prestigio de su interna hermosura: que es *amor* en la trinidad helénica y en la trinidad santa. Por eso el nombre de Nervo vive y vivirá eternamente en la conciencia humana, donde se labró un nido, y por eso su vida perdura más allá de la muerte terrena, con el espíritu que rige el resplandor de las estrellas, el manantial de los torrentes, el hechizo de las corolas niveas: luces, voces, aromas, que con calor de alma el poeta puso en el carmen escondido de sus versos.

Hoy ofrecemos a nuestros lectores el armonioso discurso que pronunciara el señor B. Ventura Pesolano, en el homenaje realizado últimamente por el "Centro de Filosofía y Letras", a la memoria de Amado Nervo.

Señoras, señores:

En la interpretación trascendental de la vida, que Mauricio Maeterlinck expone en «El tesoro de los humildes», cada existencia humana que declina, es una estrella silenciosa que se apaga....

Estrella de un universo remoto que la razón no alcanza y que la ciencia no se explica, por eso mismo.

porque es estrella; astro inaccesible de una eternidad que intuye y vislumbra sólo el sentido místico de las almas; estrella de un universo desconocido, una y multiforme — quizás el nómeno mismo — eternidad de luz realizada en la flor que perfuma y en el pájaro que canta, lo mismo que en la soberana voluntad humana, triunfadora sobre el mundo; en el amor que ennoblece, en el destino que se cumple, en la muerte que nos asombra; todos los seres la tenemos, pálida y humilde, o fúlgida y hermosa, en una región astral inaccesible.

Y cuando sentimos que «algo solemne» se aproxima, como dijera el vate mejicano; que se acerca suavemente el «grande silencio» que oía la pobrecita princesa Malena, sobre el escenario de sus desventuras, es porque aquella estrella silenciosa recogió sus luces, se replegó sobre sí misma y se esfumó en claridades bajo el azul infinito de su propia eternidad.

Hace apenas un mes, señores, que una de ellas se apagó para siempre. En una tarde de otoño, en el mes de las flores, recogió su luz y el último rayo que dejó caer sobre la tierra, indicó la última hora de un hombre inmensamente bueno. Y así se fué a la eternidad Amado Nervo, silencioso, tranquilo, como el paje rubio de Schiller, en busca de la verdad suprema.

Florido rosal que en todos los climas de la tierra y bajo todos los cielos germinó rosas de amor y de piedad, alondra mística, en cuyo pecho la desolación no tuvo rotas, si no cuando de sus últimas vibraciones nacería más alegre el himno de la esperanza, eso fué la vida de aquel gran señor, de rostro magro, que de haber nacido en el siglo XIII hubiera caminado, con el pie llagado, por los caminos de San Francisco, en busca del hermano lobo o de la hermanita piedra.

Poeta serenísimo a quien pudo perturbarle en sus pe-

regiraciones por «los senderos yermos», el *sicut nubes* del Kempis o la gran voz atormentada del Ecclesiastés; a quien las inquietudes de la muerte y las pompas de la vida pudieron un día nublarle la mirada y llenarle de tristezas el corazón, pero que jamás tuvo ni el grito amargo del dolor antiguo, ni la protesta airada que hiela de espanto las fuentes de la esperanza. Poeta serenísimo, y bueno y generoso poeta, porque de su zurrón merendaron los peregrinos retardados en los breñales, porque no prodigó «savias en pinchos punzadores», porque «retribuyó trocada en flor de paz» y santificada en bendiciones de amor la espina que le hiriera en su lírica trashumación por la vida; porque lloró en silencio, y a costa suya disminuyó el dolor universal; porque pasó, amable y enternecido, con la honda beatitud de aquel pastor del Asia que dialoga con la luna en los versos de Leopardi y que Tomás Young puso en su plegaria por los muertos... Poeta serenísimo, que en la plenitud de su vida pudo resguardarse a la vera de aquel arroyo y a la sombra de aquel árbol de que nos habla el salmista, donde toda la sombra es fresca y toda el agua es cristalina.

De esa gran personalidad literaria que nos llegó un día de lejanas tierras, cuando hacía ya mucho que la conocíamos, porque la habíamos hallado en el ritmo suave de sus versos; de esa voz que ha enmudecido llevando de luto a la lengua española, que en sus labios fué siempre canto, porque fué lengua de amor y de perdón; de esa vida ejemplar en la sencilla y estoica moral que profesó, va a hablarnos el señor doctor Oyuela, con los prestigios de su saber y el hondo sentimiento de poeta con que él también embelleció la vida.

Fodéis imaginaros el honor que para el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras que presido, significa

la colaboración del eminente maestro. Por él este homenaje pierde su humildad estudiantil para adquirir la importancia que prueba vuestra presencia.

Señores:

Piadoso tributo a la memoria de aquel lírico señor de gesto amable, caballero del perdón y poeta de la fé risueña, es el acto que realizan los alumnos de esta casa.

El homenaje que pensábamos hacerle en vida, Dios no ha querido que se cumpliera... y mientras el tiempo nos de a nosotros la serenidad para estudiarle a la luz de la filosofía y saber el lugar que ocupa en la literatura contemporánea; para conocer la deuda que con él tiene el idealismo moderno y lo que hizo el ilustre poeta por el renacimiento místico actual que dignifica a las generaciones del presente, deshojemos a la linde de su tumba unas cuantas flores blancas de bendición como las que él amó, como las que él cantó sobre la tierra, como las que fueron en sus manos sacerdotales, símbolos de paz y de esperanza.

B. Ventura Pessolano.

Junio 27 de 1919.

EL COLEGIO NOVECENTISTA DE LA PLATA

Definitivamente constituido bajo la presidencia de nuestro particular amigo y colaborador, Hector Ripa Alberdi, el Colegio Novecentista de La Plata, realizó su sesión inaugural en el local del Centro Ex-alumnos del Colegio Nacional de dicha ciudad, el sábado 12 del corriente.

Abrío el acto Ripa Alberdi, con un meditado discurso en el que puso de relieve todas las inquietudes espiri-

tuales de su alma juvenil y de la noble falange que lo acompaña.

Luego, Korn Villafañe, llevando nuestra representación oficial, dió una conferencia sobre «El fundamento histórico del Novecentismo» que tuvo la virtud de disipar muchas leyendas, tejidas en derredor de la obra del Colegio Novecentista.

He aquí el discurso de Ripa Alberdi:

Señores:

Se ha visto en la actitud novecentista algo así como una floración de odio hacia aquellos hombres que, por no dar unos pasos más quedáronse en el siglo XIX. Muy lejos está de nosotros ese sentimiento negativo, que siempre ha de arrojar sombras sobre la más potente claridad espiritual. Sabemos perfectamente que en nuestro país, grandes hombres de ciencias y de letras nos contemplan desde un campo diverso. No por eso hemos de ir contra ellos en la actitud rebelde y bullanguera que tan sólo denota inconsciencia. No. Que, como lo expresara el galano decir del Marqués de Santillana: «Clertamente bien mereçe — Preheminencia. — Quién de dotrina e prudencia — Se guarnesçe». Mucho respeto guardaremos pues, a esos hombres que no piensan como nosotros. Y aún más, su vida laboriosa nos servirá de norma para labrar la nuestra; que la tolerancia es gran virtud, hija del amor que nos enseña a comprender.

Eudiera suceder que al adoptar esta actitud, nos equivocáramos; ello no importa, habremos tenido la virtud de errar, pues el nunca errar es condición propia del que nada hace. Y por lo tanto, si el camino andado no fuera el verdadero, no por ello todo habría sido vano en la empresa, puesto que siempre encierra alguna virtud el paso

que en su actitud resuelta va proclamando la nobleza del gesto.

Dice Efraim Lessing, poeta y crítico alemán del siglo XVIII, que el amor no se cansó nunca de guiar la mano de los grandes artistas de la antigüedad.

Y ese sentimiento puro que puso un soplo cálido en la sabiduría del griego, al hacer florecer la forma en el bloque de mármol pentélico, será, en su concepción suprema, el fanal de nuestra ruta. Y así como llevó a la punta del cincel antiguo un inefable temblor de emoción bella, también ha de traer la misma inquietud misteriosa, cuando nuestra frente se incline a labrar el pensamiento, síntesis excelsa de la meditación tranquila. Amor a la armonía serena, amor a la belleza pura y a la concepción filosófica; todo, bajo la diáfana claridad de una orientación idealista. Y entre esa matinal ondulación de luz hemos de hacer vibrar la campana que aruncie a los espíritus la hora del despertar glorioso.

Nuestros jóvenes universitarios viven reclusos en el estrecho marco mental que le trazan los programas de estudio. Indiferentes a toda especulación desinteresada, pasan por los claustros universitarios, repitiendo lo que sus anteriores repitieron y que los venideros repetirán, porque no sienten ese calor íntimo que alienta las grandes aspiraciones, y porque, desgraciadamente, son pocos los profesores que tienen la mano de nieve aguardada por el arpa de Becquer. Los problemas filosóficos, los problemas estéticos no hallan la inquietud juvenil que les dé asilo y los cultive noblemente. Y esto que en la ciudad universitaria — holgada le va la antonomasia — parece risueña paradoja o apreciación desmedida, no es sino el concepto cabal de una simple realidad.

Aún carga sobre nuestras espaldas el prosaísmo del pasado siglo, que, al decir de un escritor contemporáneo, se inclinó con exceso a ver la comedia sobre la tierra. Nada debe sorprendernos, pues, si la carcajada aún no se ha extinguido, y si por lo tanto, los hombres están todavía ocupados en sostener el vientre con ambas manos.

Es menester que refrescados vientos oreen las frentes y lleven nuevas fragancias a los espíritus, para que, al roce inefable de sus ondas, nazcan las nuevas rosas de la vida. Para ello, como en la vieja Academia platónica, hemos de ofrecer a las generaciones que surgen, armoniosos banquetes espirituales, y así pudiera ser, que si en venideros siglos, algún conquistador posara su planta sobre esta tierra, gloria inmensa sería, si pudiera llevar a su nueva Roma, no sólo la espiga de nuestra pampa, sino también el oro de la sabiduría y de la belleza.

Es necesario entonces que al retoñar la nueva generación, sienta en sus fibras la fuerza de la libertad creadora, que así se adelantará al porvenir como el férreo león de Leonardo: resuelto el paso, amplía la mirada y con un ramo de lirios en el pecho.

Esa es la juventud que aguarda esta argentina tierra: la que se sienta grande al evocar su estirpe, la que se sienta heroica al evocar su gesta. No la que vaya a pedir resplandores a la ciudad—luz, para volver borracha de gloria y borracha de alcohol, sino la que piense bajo la clara inmensidad de nuestro cielo, la que sienta la belleza virgen de nuestras selvas y la serenidad adusta de nuestras montañas; esa juventud de mente diáfana y de visión optimista, ha de ser la clara alondra que se elevará cantando en el amanecer de la patria nueva.

Pero para llegar ahí, jóvenes amigos, hay un gran obstáculo que vencer; y este, nuestro pueblo, democráti-

ca masa amorfa y revuelta volcada sin rumbo sobre los abiertos brazos de nuestra tierra. Alto y noble pueblo cuando abre la tierra cantando, miserablemente bárbaro cuando se guarece en la cueva del comité político, para sostener con su puño de hierro la tiranía de la ignorancia. Nuestro campo político ha sido hasta ahora, y lo seguirá siendo por mucho tiempo, un cenagoso pantano donde el rebullir de odios acerbos corroe el corazón de la argentinidad.

Es menester purificar el ambiente, y nada mejor para ello que una juventud sana de espíritu y consciente de su responsabilidad histórica y moral. Creímos durante muchos años, que nuestro problema nacional estaba resuelto con la libertad del comercio, creímos que era la llave de oro que abriría las puertas de la posteridad; y fatalmente nos engañamos! Le dimos la libertad al pueblo, abandonamos las bridas, y ahí va, señores, el bruto desbocado, haciendo resonar sus cascos sobre el desierto. Olvidamos que la soberanía no reside en el pueblo, sino en la sazón del pueblo. Dice Juan Manuel Estrada que cuando todo hombre, cualesquiera que sean su moralidad y su instrucción, posee la atribución electoral, si-guese a menudo una de dos cosas: o bien, que la masa cede al cohecho, a la violencia, a sugerencias péfidas en cuyas redes se arroja su propia ignorancia, y entonces, siendo confiscado el sufragio, se desnaturaliza y sirve de pretexto a la tiranía o da títulos aparentes a un gobierno oligárquico; o bien, que exalta al poder, operando auténticamente, las hechuras de la mayoría que no representa la civilización ni la más alta moralidad, ni los antecedentes gloriosos, ni la inteligencia política requeridos para gobernar, y cuya prepotencia no tiene más fundamento que el número. En ambos casos fracasa la soberanía de la razón del pueblo; en el primero, porque el gobierno se funda en el fraude; en el segundo, por-

que se funda en la fuerza. Y ese es el gobierno que hemos tenido: antes, el fraude, ahora, la fuerza; nunca la soberanía, en el noble concepto de filosofía política que ella entraña. Está, pues, ante nosotros un gran problema que espera solución: el problema de la alta cultura. Y nada mejor que la virilidad juvenil para afrontar empresa tan magna. A la generación que reticna le incumbe levantar esta caparazón mercantil que nos agobia, para infundir un alma a nuestro pueblo. Pero éstas cosas no se improvisan, y es necesario antes que todo el estudio paciente que aquilata el lustrado blasón de la aristocracia mental, mejor gobernadora de pueblos que todas las malentendidas democracias. Pero hay un mal en nuestra tierra que sofoca en gérmen toda noble aspiración y es la atracción que ejerce el comité sobre las mentalidades jóvenes, aún no bien modeladas por el estudio; ese nuestro comité a quién podría aplicársele la definición que, según Herodoto, diera Ciro del mercado griego, diciendo que es un lugar establecido para que las gentes, vayan y se engañen bajo juramento.

Y no se crea, señores, que al detestar el mercado político, sueñe en la Platonópolis de Plotino. Es que en nuestro medio, política y sabiduría son términos inconciliables. En Atenas, hasta los pórticos del Agora llegaba la fragancia que nacía en los jardines de la academia; pero aquí el Agora es plaza de traficantes que mora muy lejos de la academia, desde la una no se divisa la otra, y puesto yo en la encrucijada, tomo la senda platónica; cabalguen otros sobre el inquieto lomo popular, y en buena hora tengan la suficiente entereza como para no dejarse vencer. Pero sucede por lo común que nuestro universitario, con su limpidez espiritual, aún no bien acentuada, penetra al comité; vienen las promesas seductoras a costa de pocos sacrificios, cantan las sirenas y en su canto le arrebatan los escrúpulos; y es

Claro, al poco tiempo, quebrado su carácter, trocado su espíritu, sale calzando alpargata intelectual. Es preciso, pues, no doblarse bajo ningún peso, para conseguir dominar al comité y arrancar de su entraña, despiadadamente, las viejas normas que lo han transformado en cosa vil y plebeya. No debe preocuparnos ese brillo transitorio, gloria de fácil conquista, aprendamos primero a estudiar para que el espíritu adquiera firmeza y resista el calor de toda llama, y para que cada palabra al salir de nuestros labios, lleve el sello de fuerza y autoridad que otorga la sabia y profunda labor del pensamiento, puesto que del hondo pensar ha de nacer el sereno decir. Porque otro de los grandes males de nuestra generación es la aducia que afirma, la mente superficial que con un adjetivo pretende destruir una montaña, y con otro adjetivo crear un dios; que con una inconsciencia, de niño díscolo enloda el rostro del grande porque es adusto y glorifica al insignificante por que le sonrío; la vanidad ilustre que de un liviano coplero hace un poeta, y brinda una palma al pedante para que el pedante le devuelva un ditirambo; esa falsa sabiduría que hoy osa escalar todos los tronos, y que al decir de Moratin, es mil veces más funesta que la total ignorancia.

Estudiar, ha de ser, pues, nuestra palabra de todas horas; para lo cual debemos colocarnos al margen de esta gárrula caravana de nuestro tiempo, que por un instante llena el ámbito con su estruendo, pero que como todo estruendo no tardará en disiparse totalmente. Y mientras el pueblo argentino, ese pueblo enronquecido y desgreñado que ama la plaza pública, se adelanta hacia la historia, hueco y sonoro, ataviado con el burdo ropaje de la democracia, nosotros, humildísimos artistas, iremos labrando silenciosamente, a la luz de la lámpara idealista, una estatua de amor y de belleza. Y en los ve-

nideros tiempos, cuando los hombres nuevos exploren el camino por nosotros andado, levantarán de entre el polvo la pequeña estatua esculpida bajo el impulso de una noble aspiración. Y cuando ese mármol imperecedero vuelva a su plinto, nada quedará de aquel clamoreo que pareció colmar toda una época. Todas esas cosas vanas pasarán para siempre, y solo perdurarán las creaciones del espíritu, porque llevan una luz en su entraña que es esencia de Dios mismo. Será entonces también que se levantará el que ha de labrar nuestra historia, y extinguida ya la grotesca figura de los tiranos y la bolsa de los mercaderes, dirá a los hombres del porvenir: Esta fué una bienaventurada tierra, que si tuvo cadenas que la hicieron gemir, también tuvo poetas y filósofos que la hicieron cantar; en la armonía de la estrofa los unos, y en la armonía del pensamiento los otros. Esa es la ley inmortal. Grecia ha cruzado los siglos y cruzará los venideros, porque a la nave homérica y a la nave platónica, no hay tempestad que las derribe.

Labremos pues la belleza, amigos míos, si queremos darle un alma inmortal a nuestra tierra. Y para ello, tornemos primeramente a las grandes culturas, con el espíritu abierto a todos los vientos grávidos de rumores profundos y de simientes fecundas; llevemos los labios al ánfora griega y a la fuente latina, para beber, como decía Menendez y Pelayo, «el vino añejo que remoja el alma».

Así algún día florecerá sobre nuestra pampa, la flor de la sabiduría argentina sustentada con ubérrima savia antigua.

Señores:

Nuestra Universidad ha sido siempre — aunque parezca paradójico — un templo severo del positivismo. Al-

go así, aunque en distinto plano ideológico a la «encantada y fantástica Colmbras», antes que hiciera estremecer sus portales el vervo vigoroso y grávido de Antero de Quental. Una que otra voz se levantó en su seno modulando de vez en vez el acento libre de su fé idealista. Pero la tierra ha seguido su rotación, y apuntan ya en el oriente los signos del nuevo día, que a juzgar por la anunciación auroral, ha de ser inmenso y magnífico. No desesperéis, amigos míos, algo inusitado acontece en el templo positivista. Dicen que en una grieta del patinado muro, se ha abierto una flor desconocida con sedora fragancia helénica, y la han llamado **Drama Lírico**, también parece que en la sombra del templo se han sentido pasos extraños, y alguien se atrevió a decir que eran los manes de Kabir y Omar Khayyam. Lo cierto es que amanece, y el sol al filtrarse por los ventanas ha de develar el misterio.

Aprovechemos este amanecer, jóvenes amigos, que siempre ha sido el alba la hora propicia, para abrir la besana en la tierra labranta. Pero antes, escuchemos a Korn Villafañe, que, como buen labriego de altas tierras ha de entonar el canto augural de la jornada.

UNA CARTA

Buenos Aires, Octubre 25 de 1918.

Señor Don Justo Pallarés Acebal. — Distinguido adversario: Una vez Kant fué poeta y dijo: La paloma que vuela en el espacio y siente la resistencia del aire, forzosamente debe pensar que si no existiese esa resistencia, volaría más fácil. Grave error,

porque sin la oposición de la atmósfera, se vendría al suelo. El Novecentismo es esa paloma que vuela y necesita, para mantenerse en las alturas, de la oposición de sus adversarios, que son aire. Y sepa que esta paloma no lleva en su pico una rama de olivo, sino una antorcha de fuego y de luz. Gracias mil, por su artículo de oposición, que nos ha hecho mucha atmósfera. Y no olvide nunca que antes que sus adversarios, somos sus amigos.

Adolfo Korn Villafañe.

OTRA

Buenos Aires, Julio 16 de 1919.

Sr. Adolfo Korn Villafañe.

Querido Adolfo: He leído la mayor parte de los trabajos dedicados por la revista *Nosotros* a la memoria de Nervo. A mi juicio abunda en ellos la hojarasca, siendo avaro, por tanto, el rosal que da rosas olorosas. Notable pareceme el estudio de Oyuela, rico de principios estéticos y de primores de lenguaje, dentro de la clásica sencillez y de la no menos clásica concisión; su único defecto, en mi sentir, es que en él se pague cierto tributo a la crítica dogmática de Brunetière. Creo que la página del doctor Korn despeja muchas sombras acumuladas sobre la personalidad filosófica de Nervo; admirablemente ahí se expresa el acuerdo entre la

filosofía y la poesía, en el sentido de que la primera debe deslizarse sin *mucho ruido* bajo el raudal del verso, porque a no ser así se caería en el mundo de lo trascendental y abstracto, y el arte podría hacerse vocero de enseñanzas éticas, defecto en que incurre Nervo — el doctor Korn sin decirlo lo insinúa —, “como Platón en su ancianidad y como Tolstoy...”

Pero estos renglones no obedecen al afán de ponderar a quien no ha menester de ponderaciones hechas desde tierra baja, sino, y puede ser tarea más atrevida, al deseo de criticar, — préstame tu gesto y tu palabra — un artículo titulado: “La serena inquietud”, cuyo epígrafe, cuya frase primera y última, y por ende su contenido, han sacudido las ondas de mi sensibilidad estética. Analicemos pues, cual cuadra al novecientos, para conquistar la *synthesis* soñada: Eso de “pálida personalidad”, referida a Nervo, paréceme incompreensión literaria y filosófica; eso de querer interpretar el alma moderna, valiéndose de la imagen de un “florete” o de una “espada”, ocurreseme pedestre, por no decir de pésimo gusto; eso de “¿quién se acuerda de Rodó!”, pueril atrevimiento; eso de que la poesía de Nervo no se puede “dibujar”, el concepto más mezquino que, dentro de la estética, puede formularse; (debo hacer una salvedad, feliz para el articulista, en aquello de que “el filosofismo poético es el digno reverso del estetismo filosófico”, idea que sustenta el doctor

Korn en el trabajo precitado). Eso de que el lirismo subjetivo es “poco frecuente en la poesía hispano-americana”, es desconocer a los grandes poetas románticos, que nos dieron notas hondas de su lira, v. gr., Zenea, el cubano, y luego el genial Pombo, y más tarde el delicadísimo Gutiérrez Nájera, que hizo su nido en el corazón de Musset, para citar solamente a algunos, y sin detenerme en el clasicismo donde hallaría más de un alma, henchida en el amor humano y divino, como la de la egregia monja mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, — y sin fijarme, en la época presente, en el vuelo de alondra del verso de Dario, que buscó primero la luz galante de Versalles y luego el astro incomparable de Asis... Eso de que se presiente en las estrofas dedicadas al autor de la “Imitación”, “la serena inquietud del novecientos”, es, a mi entender, confundir paladinamente el novecentismo con el trecentismo; eso de evocar “una infantina de España”, carece en absoluto de originalidad, pues, incluso Oscar Wilde, el simbolismo se enamora de todas las infantinas velazqueñas; tan es así que un sutil poeta de Francia, escribió un libro consagrado a esas damas de estirpe azul, y dijo, si mal no recuerdo, más o menos que su alma “era una infanta de España”. (El antecedente inmediato de estas infantinas, en los poetas finiseculares, débese buscar en el maravilloso poema de Hugo: “La rosa de la infanta”, cito de memoria, el cual es una página soberana de “La Leyenda de los Siglos”. Así como se ha dicho que toda la filo-

sofía moderna descansa en Kant, pudiera asegurarse que toda la poesía, del año 30 en adelante, es deudora al genio inmenso del lírico de "Las Contemplaciones", del satírico de "Los Castigos" y del épico de las "leyendas" de Francia y del mundo.) Eso de que los dioses "le concedieron el presente, (a Nervo) para negarle el porvenir", es un anatema literario, de miras proféticas, pero que sólo revela una mal entendida originalidad en la apreciación, pues no basta ser iconoclasta para distinguirse, sino saber ser iconoclasta, que es cosa bien diferente por cierto. Creo, por último, que la página *criticada* es indigna en todo sentido no sólo del autor que dio hermosa vida a "Llamas", sino aun del principiante que comienza a balbucear en ruda prosa sus inquietudes intelectuales.

Esta vez puede repetirse, con plena conciencia, lo que la posteridad ha dicho de algunos ingenios: "que ellos fueron superiores a su obra".

Tu amigo de siempre.

J.M. Rohde.

LA CAIDA DE LA ESCUELA HISTORICA

(A propósito del nuevo programa de Introducción)

La escuela histórica ha caído, ella ha sido expulsada de su último baluarte: nuestra Facultad de Derecho. Doloroso es confesarlo, el movimiento de reacción recién se produce cuando hace ya rato ha

pasado a ser cosa vieja en las naciones del otro continente; pero seamos ecuanímenes y miremos complacidos uno de los primeros frutos de la Reforma Universitaria. ¡Cuántas cosas hay en nuestra Universidad que carcomidas por la acción del tiempo y de los hombres, que todo lo critican, aún resisten admirablemente la obra demoledora de las generaciones, generaciones que estudian cosas nuevas y que, por lo mismo, quieren hacerlo también sobre materiales nuevos.

Es, pues, el aporte de material nuevo, más que el derrumbamiento de algo viejo, lo que complacidos, vemos en nuestra casa de estudios jurídicos. La comprobación de que en ella ya dejaba de tener rango prominente la famosa escuela, exponente genuino de un positivismo derrotado y en el cual ya nadie cree, no bastaría para satisfacer nuestros espíritus novecentistas. Deseamos obra constructiva y no una puramente negativa. En los tiempos que corren no está demás el confesarlo. Viviendo en una época y en un país donde todo el mundo opina y donde todo el mundo critica sin proponer nada, ¿no nos debemos alegrar haya alguien que al demoler, construya?

Y es este el fenómeno que al producirse nos ha llamado la atención. Estudiantes para quienes una cátedra significa algo más que "unas cuantas páginas de un libro que hay que aprender para rendir examen", anotamos complacidos la reforma al ya anticuado programa de Introducción General al Estudio del Derecho, llevada a cabo por un nuevo e inteligente profesor de la casa.

Es un hecho que nadie podrá negar la excepcional importancia que tal cátedra tiene. Bosquejo a gran-

des rasgos del Derecho, de su posición entre las demás ciencias, de sus distintas concepciones, sus fuentes, sus métodos y sus divisiones; presenta al que recién se inicia en los estudios jurídicos un brillante cuadro de esta rama del saber humano. El Derecho es vida — ha proclamado un eminente autor — y el estudiante que comienza no puede negarse a vislumbrar siquiera la vida del Derecho.

Sentada, pues, la importancia de esta cátedra y que seguramente no somos los primeros en proclamarla; nos anotaremos, sin embargo, como ser de los primeros en criticarla.

Hemos dicho más arriba que la materia abarcaba un concepto general del Derecho. Dentro de este concepto el programa de la misma iba desarrollando las teorías de las diversas escuelas; la clásica división en especulativas y positivas aparecía, y en ella teníamos agrupadas todo el pensamiento y todas las construcciones de los juristas, desde las escuelas teológicas y del Derecho Natural, hasta la más moderna, considerada, según el mencionado programa, dentro de las positivas, como la Histórica.

De manera, pues, que para el estudiante que se iniciaba, el concepto del Derecho sufría una evolución, evolución perfectamente determinada entre dos puntos fijos: las teorías de Santo Tomás de Aquino y Grocio por un lado y las de Savigny y sus discípulos, por otro.

Tal programa importaba para nosotros un error lamentable: fijar la actual concepción del Derecho en un punto estable, la escuela Histórica; en una teoría que si bien marcó nuevos rumbos y produjo una revolución en el campo jurídico, no tardó tam-

bién en presentar sus deficiencias. Las ideas de sus discípulos marcan ya la escisión, escisión que confirmaron juristas posteriores. Ihering mismo señaló sus errores fundamentales. Y después de Ihering, ¿qué no se ha tocado de la escuela de Savigny?

Cierto es que desde la cátedra se señalaban los postulados criticables de la obra de estos juristas, se sabía había un Stamler que la trató duramente; pero la escuela en sí subsistía. Subsistía, pues, por el programa y por el estudiante. Por el programa puesto que en él no se mencionaban las construcciones posteriores; la Escuela Histórica con su crítica cerraba el ciclo de la evolución del concepto del derecho. Todo el aporte, todo lo escrito por las brillantes escuelas alemanas y francesas de nuestros días, era desconocido en él. Por el estudiante, que, deslumbrado ante una teoría tan seductora, la aceptaba fielmente — si había quienes la criticaban no era sino para darle mayor autoridad. — Desgraciadamente, sin quererlo ponía en práctica el proverbio que en este caso se traduciría por: "la crítica confirma la teoría".

Y así pasaban las generaciones por un primer año de abogacía, donde se enseñaba que el Derecho es un producto del espíritu del pueblo, espíritu que es moldeado en la costumbre, de donde brota, pues, lenta e inconscientemente el Derecho, al igual que el agua de una vertiente. Donde se aprendía como concepción al día, la teoría más positivista de entre las positivas.

Y bien, el tiempo transcurre, dejando atrás muchas cosas. Cada nueva era trae consigo un nuevo contingente de ideas, que han nacido y se han for-

mado a base de muchas otras. En esta revisión de valores mucho se destruye y de las antiguas ideas apenas si nos queda el fondo. En la vida del Derecho el fenómeno no cambia, y la Escuela Histórica nos da el más precioso ejemplo. Apareció un día y conquistó el aplauso de los juristas. Tal triunfo, sin embargo, no era el producto de un momento; Hugo y Savigny, es cierto, aparecieron repentinamente en el campo jurídico y despertaron en el instante a muchos, pero el movimiento de la escuela Histórica era ya en ese momento un proceso que, después de marchar lentamente, acababa de llegar a su germinación y entonces el estallido fué unánime.

La Escuela Histórica era la reacción contra el absolutismo, practicado en forma ridícula, de las concepciones racionalistas, era el triunfo contra ese espíritu cerrado, que la codificación había creado. A la impotencia de la sociedad para formar la ley, se respondía con la impotencia de la ley, que había sido formada sin la sociedad. El Derecho se formará — era el postulado de la nueva escuela — no por antojo y capricho del legislador, sino por la voluntad del pueblo, expresada en la costumbre.

El triunfo tan grande y repentino de las doctrinas de Savigny y sus discípulos no fué, sin embargo, tan absoluto como para impedir la crítica. Sin pretender historiar este movimiento, podemos consignar aquí los dos baluartes desde donde se le hacía fuego: es decir, desde el grupito de aquellos que, fieles a la antigua escuela, combatían sin cesar los principios innovadores del historicismo jurídico, hasta el grupo más fuerte de aquellos que, dentro de las nuevas ideas pedían conceptos más fijos y

más de acuerdo con la realidad del fenómeno jurídico.

Y así apareció Ihering, el glorioso e inolvidable autor del "Espíritu del Derecho Romano", el jurista que protestando contra el carácter inconsciente del pueblo en la formación del derecho, afirmado por Savigny, había de orientar a la ciencia jurídica por nuevos rumbos con su "Lucha por el Derecho".

En pocos años, pues, la Escuela Histórica había variado. Del "Vollgeist", que nace inconscientemente de Savigny, habíase llegado al Volksges consiente y con voluntad de Ihering y, con el mismo entusiasmo que apareció el uno era saludado el otro.

Lo curioso es observar en este movimiento, cómo el fenómeno de la evolución, predicado por las nuevas doctrinas, iba produciéndose dentro de ellas mismas; llegamos al momento más precioso para apreciarlo.

El nacimiento y triunfo de la Escuela Histórica fué la ruina y muerte del Derecho Natural. A la antigua concepción del derecho como un fenómeno absoluto, eterno e inmutable, había seguido la del derecho como producto del medio social, y, por lo tanto, relativo, periódico y variable. Esta oposición tan fuerte de una doctrina a la otra hizo imposible la existencia de una de ellas, y en esta emergencia la vieja concepción abandonó la escena, terminando el reinado del Derecho Natural.

La filosofía del Derecho, dominada por los discípulos de la nueva escuela, hubo de mirar desde entonces a la doctrina desacreditada como de imposible rehabilitación; admitir en aquel entonces lo contrario, hubiera parecido un imposible, tan lejos

se estaba de sospechar el renacimiento que hoy día había de operarse en la vieja doctrina.

Y sin embargo, curioso será, pero el fenómeno se ha producido. En la misma tierra en que murió el Derecho Natural, él ha vuelto a resucitar. La resurrección de la vieja teoría ha sido también fatal para la que encontró en escena, pero ha sido, sin embargo, más clemente que ella.

Stammmer en su "Derecho Justo" ha echado las bases de la resurrección del Derecho Natural, y la famosa oposición que mencionábamos ha quedado reducida a una perfecta unión.

Lo mismo que al aparecer la Escuela Histórica, sucedió en la aparición de la nueva doctrina; el terreno estaba preparado. La teoría inicial de Savigny desde 1814 había variado radicalmente, y entre la confusión de los que aún trataban de preciarla, sólo quedaba en pie su método; la doctrina se había aniquilado a sí misma. Y es este el germen de la doctrina de Stammmer, tomando lo único que del historicismo jurídico quedaba y que seguramente queda ya consagrado definitivamente: su método; ha formado su teoría, basada en el ideal de justicia, que por ser eterno es el derecho natural que revive.

Y así aparece el "Derecho Natural de contenido

Y así aparece el "Derecho Natural a contenido variable", así se ha realizado la maravillosa explicación del fenómeno jurídico.

Llevábamos ya bastante escrito y sin embargo apenas hemos arribado a Stammmer, quedamos por delante toda la escuela francesa contemporánea. Nuestro comentario, sin quererlo, se va poco a poco alargando, pero quien resiste a la tentación de

tratar las páginas más bellas de la teoría del Derecho. ¿Cómo hemos de omitir aquello que es la última palabra de la ciencia jurídica?

El concepto tan original, tan profundo de Stammmer, ha echado hondas raíces en el campo jurídico y esa fórmula tan clara en que le expone es el fundamento en que se han de basar las últimas doctrinas que ahora hemos de bosquejar.

Saleilles el tan querido y llorado profesor francés, no oculta en su teoría del derecho su descendencia stamleriana. Distanciado un tanto de la escuela alemana en apreciaciones de detalles en el fondo a ella se adhiere y así lo manifiesta más de una vez.

Sentada pues, la importancia y la autoridad reconocida del principio de Stammmer, admitiendo que ella es hoy en día en doctrina la última prueba, precisemos y ya para terminar las últimas modificaciones que ha podido sufrir.

Saleilles, aceptando como ya hemos dicho la fórmula del "derecho natural a contenido variable", está en desacuerdo con lo que el autor y los que fielmente le siguen interpretan como factor que interviene en el contenido variable del derecho.

A nadie se le oculta que dentro de estos términos está encerrado en el papel productor que llamamos costumbre. Desde Savigny hasta nuestros días quizá haya sido esto el punto más respetado de la escuela histórica. Es la costumbre la que va elaborando el derecho, ella es su fuente más importante y ella es la que determina el contenido variable del derecho de que nos habla Stammmer. Pues, bien, es esto lo que ha de criticar Saleilles.

Para este "la costumbre es hoy en día una causa de resistencia a las legítimas reformas más que

un agente eficaz de progreso". Ese papel que como fuente productora del derecho hasta ahora ha gozado la costumbre, está así seriamente puesto en duda por el más célebre de los civilistas franceses de este siglo.

Y sin darnos cuenta hemos llegado a nuestros días; tendríamos ya que referirnos a Geny a Levy-Ullmann y a muchos otros, pero estos autores están en plena producción, aguardemos sus resultados y contentémosnos con que el nuevo programa de introducción hasta ellos nos traiga. No es nuestro propósito estudiar aquí los magníficos trabajos de estos eruditos, como no ha sido tampoco nuestro objeto, el de estudiar el desarrollo de la escuela histórica. Hemos querido simplemente no dejar pasar desapercibido lo que, significa el nuevo programa redactado por el doctor Levene y si para el estudiante compañero pudieran nuestras páginas despertar la admiración y la inclinación al estudio de este aspecto esencial de la ciencia que estudia, habremos a la par que satisfechas nuestras aspiraciones novecentistas, rendido merecido homenaje al que como el doctor Levene, "vive" su cátedra, que es el Derecho mismo en su faz más noble.

L. Magnanini.

A pedido de nuestros amigos del Ateneo, nos complacemos en publicar su reciente manifiesto.

ATENEO UNIVERSITARIO ORIENTACIONES Y PROPOSITOS

El «Ateneo Universitario» es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política — en cuanto ésta es solo función electoral — y de todo sectarismo partidista.

Fundado en abril de 1914 por un grupo heterogéneo de jóvenes, movidos únicamente por inquietudes de orden intelectual, ha ido adquiriendo en su desarrollo ulterior una tendencia que presenta hoy caracteres preciosos y terminantes.

En la hora actual — terminada la tragedia europea — dedicarse exclusivamente a la dilucidación de problemas científicos, literarios y artísticos, cerrando las puertas al rumor de las luchas que libran oprimidos y opresores, sería el más infuco de los egoísmos. En esta inteligencia, el núcleo que forma el «Ateneo» ha trabajado intensamente por señalarle una orientación definida. Libre ahora la institución de elementos reaccionarios, tiene un rumbo fijo, sabe qué quiere y adonde va, y puede determinar su actitud ante las cuestiones universitarias, religiosas, políticas y sociales que están planteadas.

Sostiene la absoluta autonomía de la enseñanza superior; procura un acercamiento entre el pueblo y la universidad, combatiendo a los que la quieren convertir en matriz de una nueva casta no menos odiosa que las existentes, aspira a que los hombres de pensamiento y de acción se influyan mutuamente desarrollando una acción fraterna y armónica que favorezca el mejoramiento común.

Es partidario de la enseñanza laica, y de la separación de la iglesia y del estado; respeta todo sentimiento religioso, pero condena toda política que se disfraza de religión, así como toda religión que se disfraza de política.

Trata de robustecer un sentimiento sano y amplio de argentinidad, para que de él surgan, por extensión, generosos impulsos, de solidaridad universal. Repudia a

aquellos que medran a la sombra de la bandera y no admite, de ningún modo, que, dentro del país, se establezcan odiosas diferencias de nacionalidad.

Considera funestos para la sociedad el clericalismo, el militarismo y la burguesía.

Está decididamente, de parte de las clases productoras en la lucha entre el capital y el trabajo que hoy divide el linaje humano.

Conceptúa que la democracia no consiste —al decir de un escritor nuestro — «en esas tómbolas del sufragio, ni en esas algazaras del parlamento», sino «en la realización de la libertad de cada uno por la justicia de todos.» Por eso estima necesaria y fecunda la libertad económica; por eso juzga conveniente la igualdad económica como punto de partida para la labor desmejante de todos los mortales. Sólo con aquella libertad y con esta igualdad puede darse base segura y firme a las forzosas desigualdades — perfectamente morales — que la vida impone en las esferas de la sensibilidad, de la inteligencia y de la actividad de cada hombre.

Así el «Ateneo Universitario», sin abandonar su primera condición de centro de cultura, y prestando siempre preferente atención a las altas especulaciones del espíritu, no permanese indiferente ante las fuerzas nuevas que quieren moldear una sociedad más justa y más perfecta.

Si usted está de acuerdo con nuestro modo de pensar, no se resigne al simple papel de espectador; hágase socio del «Ateneo» Esta corporación necesita, para intensificar su obra, más prestigio moral y mayor capacidad económica.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

Pablo della Costa (Hijo): «Trovas del destierro».

El señor Pablo della Costa, culto poeta, ágil prosista y noble polemista, hoy nos ofrece un fragante ramillete de su cosecha lírica, en "Trovas del destierro". Un hondo sentimiento chispea en estos versos, no ajeno, por cierto, a la fina nota humorística, que fluye espontánea de la personalidad poética de su autor. Si hubiera de elegir las "trovas" más fragantes, de seguro que me quedara con la II y la VI: en la primera seduce plenamente el encanto de la voz lírica, quizá como alguna vez lo recogimos de Querol, en la segunda, "Soy una sombra triste...", hay un vago eco de la poesía nórdica. Estas reminiscencias no amenguan la originalidad del señor Pablo della Costa, ni el carácter personalísimo de su bella obra literaria, pero tratándose de versos románticos, si no de escuela al menos de sentimiento, que es la única forma en que hoy día podemos gustar del romanticismo, — los recuerdos líricos se asocian, penetrados de un mismo tinte y de un mismo rayo.

J. M. R.

Tomás D. Casares: La religión y el Estado 1 vol de 142 páginas, Buenos Aires, 1919. (*).

Esta tesis que representa, por su carácter filosófico, un fenómeno raro en la Facultad de Derecho, tiene, ante todo, un gran mérito: el de la sinceridad. Y es además valerosa; valerosa por la posición que adopta el autor, la del catolicismo ortodoxo y valerosa por la defensa que hace de una causa perdida, luchando con la visera alzada, con las ya melladas armas de la escolástica tomística.

El caso de Casares revela, una vez más, la terrible fuerza hipnotizadora que tiene esta Santa Iglesia Católica Apostólica Romana con su enorme concepción de un imperio universal-teocrático, expuesta con todas sus consecuencias lógicas en la famosa bula «Unam sanctam» del pontífice Bonifacio VIII. Su ideal de lo absolutamente ilimitado que pretende imponer tanto en religión, como en política y filosofía, sugestiona, con preferencia, los corazones de hombres nobles y ávidos de perfección y lleva, como primera exigencia, al «sacrificium intellectus» a un Tomás de Aquino como a nuestro autor.

Sobre premisas falaces se edifica un sistema inatacable — si no fueran falaces las premisas.

Para estos neo-escolásticos no reza la «Crítica de la Razón Pura» de Kant, como no reza la de la «Razón Práctica». «La causa primera existe y nuestro entendimiento puede conocerla», dice Casares (pág. 36), cuando Kant ha demostrado, incontestablemente, el carácter de «categorías» del principio de causalidad y la imposibilidad tanto de negar como de afirmar algo con respecto a la llamada «primera causa», por razones que no es el caso de repetir aquí.

(*) Este juicio fué publicado en el número 49 de la revista Verbum ano del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, L. R.

La causa primera es también, dice Casares, causa final y el sujeto, que es su obra, «debe querer el último fin, que es el bien absoluto, Dios»; y más adelante (pág. 56) dice: «Por Religión se entiende una relación entre el hombre y algo que le es superior y dominante, algo que obra sobre él con una omnipotencia que llamaríamos causal»: Con toda la habilidad de los racionalistas no es posible hacer concordar el principio del libre albedrío con semejantes premisas!

Varias veces emprende contra las teorías intuicionistas. Dice en la pág. 67 que «no puede concebirse movimientos afectivos hacia o por lo que no conocemos» y en la pág. 68 que «el origen de la Religión está en el conocimiento racional de la existencia y atributos de Dios». No comprendemos como eso se puede conciliar con el pensamiento de Pascal que cita antes (pág. 45), de «que a las cosas humanas hay que conocerlas para amarlas, a las cosas divinas hay que amarlas para conocerlas».

Pretende deducir de la afirmación de la divinidad de Jesús como «postulado perentorio, la divinidad de la Iglesia, vale decir, lo absoluto de sus normas». (pág. 76) y dice que «la Iglesia frente al subjetivismo individualista que pretende en cada hombre la posibilidad de una ley moral dictada por su fuero íntimo, levanta el principio de su autoridad apoyada en lo objetivo de la moral». Pero se olvida Casares, al negar aquí la moral intuitiva, que Kant tiene como aliado invencible al mismo Jesús que ha dicho: «Pero yo os digo, el reino de Dios está dentro de vosotros».

Con estas bases: El conocimiento racional de Dios, la moral objetiva, el origen divino de la Iglesia y el consiguiente principio de autoridad, es inevitable que la tesis termine, al tratar del Estado, en el ideal de la hierocracia Romana, la «civitas Dei» terrenal, en la idea

grandiosa, pero extraviada del imperio universal que debe abarcar todos y cada uno de los hombres, tanto en sus creencias, como en sus actos y en sus propósitos.

El sacrificio de la personalidad, el sacrificio de la libertad son las consecuencias lógicas de esta universalidad absoluta, como lo admite Casares mismo, con cierta ingenuidad, cuando dice (pág. 114): «La facultad de realizar ciertos actos es infinitamente más perjudicial para la libertad humana que la obligación de realizar otros».

A veces, durante la lectura de este libro, nos asaltó la duda, si el autor se ha dado cuenta exacta, a donde le lleva su posición; pues sus protestas de libre albedrillo que abundan, llevan el sello inconfundible de sinceridad. Entonces, quizás, aún sea tiempo, ¡Vade retro, Tomás Casares!

Juan Probst.

COSECHA POLITICA (Gervasio Toro)

Bajo el seudónimo de Gervasio Toro se disimula una de las figuras más interesantes y múltiples de nuestro ambiente universitario. Está dotado de una exquisita sensibilidad afirmada por una delicada y profunda comprensión del alma juvenil a la cual ha dedicado en el curso de su vida de luchador, la honrosa y desprendida consagración de sus actividades poniendo siempre la nota serena y elevada, en momentos en que esa alma juvenil agitábase desordenada al influjo de pasiones y ardores que las circunstancias excepcionales justificaban ampliamente.

Pero su actividad incansable no le ha impedido en momentos de reposo, traducir las impresiones que su espíritu observador recogía en el áspero roce de las cosas y

de los hombres dejando impresadas en las múltiples facetas de su espíritu, la imagen de esas impresiones.

Y bien, Muñoz Montoro, tal es el nombre del autor de «Cosecha Política» no ha puesto en su obra ni los enconos ni las miserias a que las luchas obligan, su descontento se ha traducido en una sutil y mordiente ironía siendo p. e. el artículo «La Taberna» una prueba acabada de esa calidad de su espíritu, por la forma hábil de dar colorido al ambiente y la precisión y justeza con que están caracterizados los distintos tipos y situaciones revelando en su autor una habilidad superior para poner de manifiesto el aspecto ridículo de las cosas.

Es sin duda el trabajo que más resalta sobre la serie de que consta el pequeño volumen, no entraremos a analizar los otros por que consideramos que no es materia de la presente nota bibliográfica como asimismo creemos que estos no deben tomarse independientemente ya que ellos no formulan en su pequeña extensión ninguna tesis ni sugieren ninguna idea siendo solo de índole jocosa e festiva.

Cosecha política es la recopilación de artículos publicados en distintas revistas de la Capital; desde ese punto de vista la obra se resiente de falta de unidad, dichos artículos estaban bien en las revistas donde fueron insertos, y de las cuales nunca debieron de salir, son filigramas primorosamente cinceladas pero al formar de todas ellas un conjunto da la impresión de abigarramiento y confusión, por más que el espíritu que anima a su autor y revelado en los distintos pasajes de su obra sea uniforme y quien se halle poseído del alma inquieta y profunda de éste, puede fácilmente comprender lo que se ha propuesto al escribir dichos artículos y que por otra parte indica en una suerte de prefacio al manifestar que dichas páginas tienen un gran fondo de amargura y de esperanza...

Por eso se ha dicho que la obra de Muñoz Montoro carece de volúmen y es cierto, a lo cual debemos agregar que carece de seriedad, pues si es lógico, que las páginas de las revistas sean un excelente aprendizaje para entrar de lleno a la producción intelectual, esto no justifica la obra de recopilación dada a la publicidad en forma de volúmen, ya que ello ha de servir a la crítica como fundamental elemento de juicio para caracterizar y estudiar la obra del intelectual.

Hubiéramos visto con profunda satisfacción que la primera obra de Muñoz Montoro se hubiera referido a asuntos de otra importancia que aquellas que significan las miserias políticas, cuya misma satirización ha engendrado una suerte de mal gusto y creado una clase especial de lectores afectos a esa literatura y por otra parte muy fácil de satisfacer ya que su único alimento espiritual consiste en esa crónica diaria informada por una prensa determinada y que puede decirse que es su única razón de ser.

Desde ese punto de vista volvemos a repetir, la obra de Muñoz Montoro no es seria, ha satirizado el aspecto más triste y vulgar de nuestro ambiente nacional, y en cambio ha descuidado otros aspectos de nuestra vida, que reclaman una profunda atención y estudio, por eso sentimos que esos problemas trascendentales que agitan y conmueven nuestra alma juvenil no hayan merecido la dedicación del autor, en cuyos anhelos y aspiraciones este ha obrado con el tesón y eficacia de todos conocidos. A pesar de esto tenemos la creencia de que Muñoz Montoro ha de reaccionar y darnos en breve la grata emoción de una nueva obra suya en que la meditación y el estudio accionando en su espíritu produzcan lo que todos esperamos y exigimos de él.

Miguel Bomchil.

JOSE M. MONNER SANS

«El examen de ingreso a la Universidad» (Folleto). 1918.

El doctor José M. Monner Sans, joven universitario que hoy «profesa» en uno de nuestros colegios nacionales, estudia con conocimiento de la materia, el problema harto complejo del examen de ingreso a la Universidad. En un estilo pulcro y chispeante, característico del autor, se demuestra la conveniencia de dicho examen y se arguye, con tal efecto, sobre la proyectada «Ley orgánica de la instrucción pública», que el Poder Ejecutivo presentó al H. Congreso. El doctor Monner Sans se extiende sobre la autonomía universitaria y sobre la reforma de nuestra enseñanza secundaria, cuyo estudio es, como bien se le alcanza al autor de este trabajo, el fundamento del problema sobredicho.

J. M. R.

EL CONVENTILLO

(Novela por Luis Pascarella)

Con acierto y vigor, con la exactitud de un documento, este libro nos informa de la vida de un conventillo. Libro interesantísimo, estimable esfuerzo de arte descriptivo, que al enfrentarnos rudamente con la humilde realidad del subsuelo social, despierta en el lector un sentimiento de honda conmiseración hacia los desheredados habitantes del conventillo: extranjeros enloquecidos por la fiebre de las riquezas, que no ocultan su inmenso asombro ante el peddío de ciudadanizarse que les hace el caudillo politiquero de la circunscripción por intermedio

de un gringo que vé en este concepto de patria — como el caudillo — un nuevo y nada despreciable negocio. Ellos no pensaron nunca que existe una Nación Argentina, venían para hacer dinero y no para votar: para patria, les basta Italia, Francia, España. Pero el conventillo no está compictamente estranjerizado, como se pudiera creer. De ninguna manera. Toda la indolencia criolla, toda la haraganería mestiza de tocadores de guitarra y de comadres, también tienen su sitio en el conventillo con la alta misión de criticar a los gringos viles y trabajadores.

El doctor Luis Pascarella no sostiene tesis alguna. Con la objetividad de una máquina fotográfica nos refiere los hechos. Su estilo es sobrio. Un innegable buen gusto artístico — aunque sea un buen gusto que consiste más en callar que en afirmar — le ha evitado caer en el naturalismo crudo a lo Zola y por otra parte le falta la nota psicológica que es el encanto del realismo de Bel Ami. En una palabra: entre Zola y Maupassant. Recomendamos sinceramente la lectura de este libro: acaso sea una magnífica sátira de nuestro mundo intelectual, que por tantos conceptos es también un conventillo.

Conozco revistas que en lugar de ser una comunidad intelectual, son un conventillo ideal.

Adolfo Korn Villafañe.



CeDInCl